

ENTRETENIMIENTOS

POÉTICOS

DEL

P. F. MANUEL NAVARRETE.

Virginibus, puerisque canto.

HOR. LIB. 3^o. ODA 1^a.

TOMO PRIMERO.

MÉXICO.

.....

Imprenta de Valdés,

.....

* 1823. *

III.

AL PÚBLICO.

A tí, ilustrado público, á
tí dedico esta primera edi-
cion de los ENTRETENIMIEN-
TOS POÉTICOS del Cisne Ame-
ricano FR. MANUEL NAVAR-
RETE.

*Me hubiera sido fácil
elegir para Mecenas algun*

IV.

sugeto distinguido; pero ¿por qué habia de brindar á otras finezas que tú solo me debes? Para tí únicamente he trabajado: Tu instruccion y tu deleite fueron el objeto que me propuse en esta empresa: Tú eres quien me ha de agradecer este servicio: Tú quien ha de leer esta obra: Y tú, en fin, quien ha de dispensarle la proteccion que para ella solicito, que

V.

es, el conocer su valor, y celebrarla con juicio y oportunidad.

Altamente convencido de estos principios, ni un momento he dudado el consagrarte este trabajo; y tengo la gloria de poder asegurar, que te presento nada ménos que un monumento preciosísimo, que atestiguará en todo tiempo, que la patria dichosa que

VI.

contó entre sus hijos á tan insigne poeta, no tiene que envidiar en el arte de Apolo, ni al siglo de oro de la sábia Roma; ni á los antiguos primores de la docta Grecia; ni á las modernas producciones de la culta Europa. ¡Digno elogio, que dictó la verdad, pronuncia la justicia, y jamás osará desmentir la emulacion!

VII.

Y ¿como me podré figurar que no merecerá tu agrado la publicacion de esta obrita, cuando ella va á enriquecer tanto al tesoro de la bella literatura? ¿Qué espectáculo podrá haber mas interesante á tus ojos, que el presenciar como se va difundiendo en este septentrion el benigno resplandor de las luces, al paso que se eleva por su

VIII.

*horizonte el sol hermoso de
la libertad!*

*Acepta, pues, ó pú-
blico, este sencillo obsequio
que gustoso te ofrece*

El ciudadano

Alejandro Valdés.

PRÓLOGO
DEL EDITOR.



Tengo la satisfacción de dar á luz
LOS ENTRETENIMIENTOS POÉTICOS DEL R. P.
FR. MANUEL NAVARRETE.

Me parece del todo inútil el empeñarme en demostrar el mérito de esta obra, pues saliendo ella al público no pretendo usurpar al lector el derecho que tiene para juzgar por sí mismo de las

X.

producciones ajenas; del que ciertamente usaria aun cuando yo tratara de prevenirlo con elogios que al fin no habia de creer sobre mi palabra. Bien seguro estoy de que hallará en estas bellas producciones de un ingenio tan justamente celebrado, aquella dulzura suave y armoniosa, de que tanto se paga nuestro oido; aquellas imágenes vivas y naturales, que parecen poner á los objetos delante de los ojos; y sobre todo, aquella sensibilidad inesplicable, que penetrando hasta el corazon lo deja por algun tiempo profundamente conmovido.

Tambien tengo por escusado el recomendar la utilidad de esta edicion: bastará decir, que es la primera, y que se hace despues de catorce años de ha-

XI.

ber muerto el autor. Todas aquellas poesias de este, que se hallan en muchos tomos de nuestros Diarios, donde se insertáron con interválo de años entre las primeras y las últimas, se presentan aquí bajo un solo punto de vista, y colocadas en el orden que me pareció mas oportuno. Igualmente salen muchas piezas que jamás se habian dado á la prensa; pues he logrado tener á las manos bastantes manuscritos, y principalmente una coleccion copiosa, escrita del mismo puño de nuestro insigne poeta.

Hay en la obra algunas notas de este, y otras que yo he agregado: las primeras van designadas con una A. las segundas con una E.

Deseoso de publicar, si me fuese posible, cuantos versos produjo el nú-

XII.

men fecundísimo de este célebre AMERICANO, he trabajado con el mayor conato á fin de conseguirlo. ¡Ojalá y aquellos que se hayan ocultado á mi diligencia, ocupen su lugar algún día en una segunda edición!

ELOGIO

DE FR. MANUEL NAVARRETE.

POR

D. MARIANO BARAZABAL.

Ó SEA

SUEÑO MITOLÓGICO

DEL *ARCADE ANFRISO*.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Hijas de Jove, la eminente cumbre
Dejad del Pindo, y á la patria mia
Bajad, cual suele del hermano vuestro
La luz hermosa que al viviente anima.

Sí, divas musas, descended ufanas
Al suelo fausto dó la vena rica
Nació del oro, por desgracia suya,
Pues la hizo blanco de la vil codicia.....

Que no de tal riqueza, ni de cuantas
Tiene por dote la morena ninfa

XIV.

Del vasto septentrion, que no vió Alcides,
Jacta soberbia ni presume altiva.

América blasona, sacras deas,
Y forma en ello toda su delicia,
Ó de que vos lacteis sus hijos caros,
Ó de ser de los vuestros la nodriza.

Á vos toca elegir: no es fácil caso.
¡Oh! luego que sepais la causa digna
Por qué os emplaza mi atrevido lábio,
Disputareis á América la dicha.

Toda esta exclamacion me figuraba
El ensueño mas dulce de mi vida,
Que si fugado por la churnea puerta; (1)
Pero no Fobctor (2) lo presidia.

Y es que una noche la pasé en mi lecho
Entregado á tan plácida vigilia,
Cual la de Icer *del Cisne Americano*
La hechicera dulcísima poesia.

Morfeo envidioso se acercó invisible
Poco antes que la estrella matutina
Anuncie la alva: y esparció el beleño,
Y de la flor de Adonis la semilla. (3)

XV.

Mas no bastando diligencia tanta
Las alas bate: mata la bujía:
Cierra mis ojos: y el melifluo poema
De mi ya floja mano se desliza.

Empero; no triunfaste, dios del sueño:
Si el cuerpo duerme, vela el alma mia;
Y en las alas del éstasi mas dulce
Mírale hablando con las musas mismas.

La ilusion sigue; yo me veo en la falda
Del Pindo sacro: Las supernas hijas
Del alto Jove con acento blando
Oigo que dicen: »Sube hasta la cima.

No temas; sube, Anfriso, que al Parnaso
Subir merece quien virtuoso aplica
El favor de las musas á su patria;
Y esto ha honrado la série de tu vida.»

Yo ménos suficiente que alentado,
La senda estrecha que á la cumbre guia
Piso con liengos desiguales pasos,
Ya bien hollando flores ó ya espinas.

Jamás me viera de la escelsa cumbre,
Á no ser por milagro de las divas,

XVI.

En dó su celestial castalio coro
Tienen las nueve hermanas peregrinas.

Llego: Las miro: Y prosternado apenas
Me deja absorto la vision divina
Cuya pintura el estupor me veda,
Cual imposible á mi profana lira.

Decid vos lo que ví, Piérides almas,
Ó tú, délfico sacro, tú lo digas:
Tú que presides á la par que al cielo
Del sacro monte la mansion elísca.

Mientras, solo diré, que interrogado
Por ¿cual es el asunto que motiva
Mi osada invocacion? respondo firme:
„El alma NAVARRETE: Sus poesias.

¿De cual de vos es hijo predilecto,
Desea saber mi patria, santas divas?
Hoy que las prensas sudan con sus obras,
Y honrarse quiere la tipografia.”

ERATO dice luego: „mio es el lauro,
Que NAVARRETE solo amor respira;
Y en líricas bellezas basten solo
Las amorosas flores de Clorila.” (4)

XVII.

Sorprendida CALIOPE dice: "¿como?

MANUEL cantó de amor; pero ¿te olvidas
De que á mi influjo le premió en su alcazar
Minerva docta las *heróicas rimas*?" (5)

Entónces dice CLIO: "perdona, hermana,
Que si en la *historia* la *epopeya* finca,
Yo, yo la madre soy del alno vate,
Por ese y otros poemas que no indicas."

"Son sus versos retóricos, morales,
Y madre suya soy:" dijo POLIMNIA.

"Mas bien lo fuera yo si aparecieran
Sus bellos dramas:" (6) replicó TALÍA.

EUTERPE con TERSÍCORE disputa
De mil composiciones esquisitas
Lo discreto, lo fluido, lo gracioso,
En el *idilio* y *sátira* festiva.

Aquí la gembunda MELPOMENE
Un suspiro lanzando dice: "amigas,
Repasad de MANUEL los *Ratos tristes*: (7)
Las flébiles dolientes *Elegías*: (8)

Y si no os deshaceis en dulce llanto
Confesándome luego enternecidas

XVIII.

Que yo la madre soy, el Pindo dejó,
Y á morar voy en la laguna Estigia.”

”Yo me subiré al cielo, grita URANIA,
Dó el alma de MANUEL estrellas pisa,
Si en el Pindo me niegan ser su madre,
Por sus *Místicos poemas*, de justicia.

¿Quién cantó la *Divina Providencia*: (9)
El vate que entonó la *pura, límpia,*
Inmaculada CONCEPCION gloriosa

(Mitológicos véia....) de MARÍA, (10)

Podrá dejar de ser hijo mimado
De musa celestial? ¡Quién lo imagina!
Y puesto que yo soy musa del cielo,
Silencio, hermanas, que la gloria es mía.”

La discusión se enciende entre las musas:
¡Qué de imágenes hallan peregrinas
En loor de NAVARRETE! ¡Qué de encomios!
¡Qué digna emulación! ¡Qué noble envidia!

Sí, mi querida, ¡mi adorada patria!
Yo empeñadas miré á las Nemosinas
Contender por ser madres del que hiciera
La lengua de los dioses mas pulida.

XIX

Pero, ¿qué es lo que miro! Cuando estaban
En mas calor, de Júpiter las hijas,
Con nueva refulgente luz hermosa
La inaccesible cumbre se ilumina.

Una nube mas alba que la nieve
Que descansaba en la frondosa cima,
Deseórese cual velo en dos mitades,
Y al rubicundo APOLO patentiza.

Sentado estaba en una silla de oro,
Tachonada de estrellas diamantinas:
El SEMI-DIOS MANUEL al diestro lado
Y al opuesto la AMÉRICA se vian.

„Hermanas, dijo el dios, Pierides, basta.
Mi Hijo es este. Su madre esta Gran INDIA,
Deidad del septentrion. El Amor su ayo.
Vosotras, claras musas, sus *nodrizas*.....

En aquel nuevo mundo se levanta
Otro nuevo Parnaso, y la justicia
Manda: que un nuevo APOLO en NAVARRETE
Ocupe mi lugar, y le presida.

Decidle á ese atrevido anahuacense,
Ese que, cual mi rio, se denomina

XX.

Anfriso, (11) que en el Pindo no hay tiranos.....

Y aplaudo su patriótica osadía.

Que á su patria se vuelva, proclamando

Á este su compatriota y mi delicia;

Nó al Cisne Americano; al nuevo Apolo,

Y.....” yo despierto, y la ilusion termina.

(1) Finge la fábula, que los sueños de cosas que resultan verdaderas salen por una puerta de cuerno, y los que solo son ilusiones de la fantasia, por una de marfil.

(2) Dios que presidia los sueños funestos y espantosos.

(3) Muerto Adonis por un jabali, fué convertido en amapola, cuya semilla es la adormidera.

(4) Pág. 7. tom. 1.

(5) Pág. 95. tom. 2.

(6) El autor de este elogio tiene noticia de que el sábio *Navarrete* hizo piezas dramáticas.

(7) Pág. 12. hasta la 77. tom. 2.

(8) Pág. 78. á la 91. tom. 2.

(9) Pág. 201. á la 220. tom. id.

(10) Pág. 221. á la 249. tom. id.

(11) *Anfriso*, rio de Tesalia en cuyas orillas vivió Apolo, cuando desterrado del cielo guardaba como pastor los ganados de Admeto.





F. R. MANUEL NAVARRETE.

*El casto dios que al indiano creó
De honor y gloria le cubrió usam
Con sus cantares que apréciaron siempre
Súmanos ulhos. C. C. C. C.*

XXI.

MEMORIA SUCINTA

DE LOS PRINCIPALES SUCEOS

DE LA VIDA DE

FR. MANUEL NAVARRETE,

CON ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE SUS POESIAS.

ESCRITA

POR UN ÍNTIMO AMIGO SUYO.

EL R. P. *FR. JOSÉ MANUEL MARTINEZ DE NAVARRETE*, á quien generalmente solo se llama *Fr. Manuel Navarrete*, nació en la Villa de ZAMORA, perteneciente al Obispado de Michoacan, el día 18 de Junio del año de 1768. Fueron sus padres *D. Juan María Martínez de Navarrete*, y *Doña María Teresa Ochoa y Abadiano*, ambos naturales de la misma Villa, y personas de distinguida nobleza. No fué dado á nuestro poeta el gozar de las ter-

XXII.

nuras de un padre amante y bondadoso, pues la muerte se lo robó á los cuarenta días de haber nacido. Pasó su infancia en el lugar de su nacimiento, y en él se le enseñó á leer y escribir, y se le dedicó al estudio de la latinidad, bajo la direccion de su preceptor D. Manuel Cuevas. Los progresos que hizo en el conocimiento del idioma, y las ventajas con que escedió á sus condiscípulos, fueron, digámoslo así, los primeros vislumbres con que se anunció este futuro manantial de luz.

Por cierta decadencia de fortuna que sobrevino á la familia, pasó, siendo todavia pequeñito, á la ciudad de México, en compañía de su primo el Lic. D. José Manuel Abadiano; con el fin de destinarse allí en el comercio; y en efecto fué admitido en una tienda situada por el portal de la Diputacion. No puede caber duda de los conocimientos que adquirió en aquel ejercicio, ni de la honradez con que se manejó en él, pues en el año de 1787 lo comisionó su patron para que fuese á esponder una memoria á un paraje, que parece haber

XXIII.

sido el real de minas de Temascaltepec. Sentia nuestro jovencito que lo llamaba Dios para el estado religioso; por lo cual, despues de rendir las cuentas del encargo que se le habia confiado, pidió licencia á su patron para separarse de aquel giro, y se trasladó á Valladolid, estando allí su hermano D. Blas, quien le proporcionó el viaje para Querétaro, donde tomó el habito del SERÁFICO SAN FRANCISCO en el convento de la provincia de Michoacan, de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo.

Concluido el tiempo del noviciado, hizo su profesion religiosa, y lo mandaron sus prelados al convento de recoleccion del Pueblito, con el objeto de que en él recordase y perfeccionase la latinidad, que habia aprendido en su niñez, como ya queda dicho. Concluido este estudio se restituyó al convento de Querétaro, á la expectativa de la filosofia, que por estatuto de la religion debia estudiar tres años: y en esta vacante fué cuando hizo los primeros ensayos de sus versos. Se dirigió, en fin,

XXIV.

para cursarla al convento de Celaya. Estaba aun adoptada allí, por aquellos tiempos, la doctrina peripatética, y vista con ceño la moderna; pero nuestro joven corista mostró tanto desafecto á la primera, y se aficionó tanto á la segunda, que desertado de la aula se asoció con un compañero suyo llamado Fr. Victoriano Borja, y entre ambos estudiaron la filosofía de Altieri. Acabado este trienio regresó al convento de Querétaro, donde estudió la sagrada Teología.

Estando ya en disposición para poderse dedicar á los ministerios á que lo destinara su provincia, obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande, y habiendo desempeñado este cargo, se trasladó al convento de Valladolid, y residió en aquella ciudad por un tiempo considerable. Como ya habia recibido la sagrada órden del sacerdocio, quisieron emplearlo sus superiores con utilidad de los fieles; por lo cual lo hicieron ir de predicador á Rioverde, y lo mismo á Silao, donde fué tambien comisario de la órden tercera; y en el ejercicio de estos púlpitos permaneció algunos años. Ya en

XXV.

los últimos de su vida fué nombrado cura párroco de la Villa de S. Antonio de Tula, la cual está situada en la intendencia de S. Luis Potosí, y es una de las misiones pertenecientes á Rioverde, cuyo curato se sirve por uno de los mismos padres misioneros de la órden de S. Francisco. Aquí fué donde concurrió con el Illmô. Sôr. Obispo de Montercy Dr. D. Primo Feliciano Marin, y aquí donde se captó el singular aprecio con que lo distinguió este sábio prelado. Finalmente, pasó al real de minas de Talpujahua, con el motivo de haber sido promovido para la guardiania de aquel convento.

En toda esta série de tiempos y de ocupaciones, cultivó NAVARRETE la poesia, á la que siempre tuvo una particular inclinacion. Desde que seguia su carrera literaria en la ciudad de Celaya, procuraba robar á sus quehaceres cuantos ratos podia, para consagrarlos á las musas; y así es que entónces salió á luz manuscrita su primera composicion en verso heroico y patético, hecha con motivo de la muerte de su madre, á la

XXVI.

cual tituló *Noche triste*. Esta obra fué como una piedra que descubrió el precioso mineral de donde habia salido. En ella se advierten aquellas exclamaciones enérgicas, que solo pueden nacer del alma cuando está penetrada de un acerbo dolor: aquellos sentimientos puros de que tanto se honra la especie humana: y por último, aquellos rasgos de la naturaleza que jamás la afectacion ha sabido, ni sabrá remedar. Todavía una palabra mas acerca de esta excelente elegía: Ella está puesta en un estilo verdaderamente sublime: en aquel estilo que desdeña los adornos postizos, que no hacen mas que poner trabas á la sencillez.

Entregado el autor en los años subsiguientes al estudio de la poesia, su primera escuela y dechado fué el Parnaso Español, donde se hizo de lo que se llama gusto; el que perfeccionándose en otras obras, especialmente en la de Melendez Valdes, depuró su ingenio hasta elevarlo al punto de finura y delicadeza que muestran sus composiciones. Á proporcion que las iba trabajando estuvo á la mira de reservarlas, y mantuvo esta precaucion

XXVII.

por el tiempo de once años; en cuyo periodo las revió, corrigió, y aumentó. Componian estas un volumen en cuarto cuando se crió el Diario de México en el año de 1805. Por este conducto se publicaron muchos de sus versos, y el aplauso con que se recibieron fué como la campana que llamó la atención general. Preguntábase al Diarista por el nombre de este autor, pues al fin de ellos solo se leían las tres iniciales F. M. N. y se formaba empeño en saber zá qué lugar de nuestro continente habia tocado la dicha de servirle de patria? Muchos y muy apreciables poetas, que constituidos en una especie de ARCADIA ilustraban al Diario con sus composiciones, le tributaron en ellas los mas grandes elogios. Hicieron mas: Lo eligieron por su MAYORAL, y aun pensaron en hacer un viage hasta el lugar donde residia, solo por tener el gusto de conocerlo. La sábia Universidad de México, esa madre fecunda de tantos hombres grandes, dió tambien su voto, y de un modo bastantemente decisivo, en favor del escelso númen de nuestro NA-

XXVIII.

VARRETE; pues en un Certámen literario que celebró en el año de 1809 asignó el primer premio destinado para la poesía, á un canto de este que habia sido presentado para entrar en el crisol de la crítica, en competencia de otros muchos. Y ¿á quien no causará admiracion el saber, que sus mejores composiciones salieron de sus manos ” cuando (para usar de las espresiones de un sábio amigo suyo) (*) yacia soterrado en las montañas de la Villa de Tula, desde donde, como Ovidio desde el Ponto, remitia sus obras tan bellas y limadas, como si salieran de la mejor Academia de la Europa; no de otro modo que Bergier admiró al mundo sábio, y confundió al Déismo con su preciosa obra, trabajada en las serranias y malezas de los Pirineos!”

Si notare alguno que entre los versos de nuestro autor abundan tanto los del género erótico, queriendo deducir de aquí consecuencias acerca del estado en

(*) *El Lic D Carlos María Eustaquante en la Necrología del P. Navarrete, que insertó en el diario de 9. de agosto de 1809.*

XXIX.

que se hallaba el corazón del poeta, reflexione, que muchos partos del ingenio deben su ser únicamente á la fantasía; sin que haya razón que baste á persuadir, que sea fuerza tenerlos por hijos de algún afecto de la voluntad. Puede también tener presente, que al enviar NAVARRETE sus poesías á *Fabio*, nombre que da á su hermano *D. Blas*, le dice:

- » Las mas veces instado
- » de la amistad y el ruego,
- » en *agenos amores*
- » canté agradables métricos. »

Así consta, y consta igualmente que las dos traducciones de unos versos de Galo, y la de otros de Angelo Policiano, las hizo de orden del Rmó. P. Fr. José María Carranza, varon muy docto de la provincia franciscana de Michoacan, quien pretendió conocer de este modo los tamaños de nuestro poeta; y habiendo quedado muy complacido quiso acabar de formarlo poniéndole en las manos el arte, del que se aprovechó Fr.

XXX.

MANUEL maravillosamente; ya en la correccion de sus *Ratos tristes*, ya en la formacion de otras obras posteriores.

Es muy difícil entre sus poesias señalar las piezas que sobresalen mas por su mérito, pues no hay duda que los génios originales son fecundos en cualquiera clase de composiciones; pero es fácil hacer ver, que acertó á dejarnos en todas ellas lo mas precioso y selecto que se puede encontrar en el ramo á que corresponden. Por eso en el estilo alegre y jocosó ya nos presenta, como en *las Flores de Clorita*, á la naturaleza engalanada, risueña, y festiva, rebozando solo placeres: Ya toma sus colores de los objetos mas triviales, y nos pinta con la mayor viveza la alma cándida y pura de *la inocente Anarda*: Ya se pone á acompañar con sus blandos acentos los tonos concertados de *la música Celia*: Ya se entretiene en celebrar á *la Pollita* predilecta de la hechicera *Clori*. Si fijamos la consideracion en sus composiciones serias y magestuosas, como son las sagradas y morales, verémos ¡con cuanta magestad elige los conceptos! ¡con

XXXI.

cuanto decoro los trata! ¡con cuanto respeto los espone! Él nos lleva de la mano, y nos enseña: ¡como pregonan todas las criaturas, que vela sobre ellas una PROVIDENCIA bienhechora! Él nos llena del mayor entusiasmo cuando toma á su cargo el alabar *el triunfo que consiguió la gracia en la concepcion immaculada de MARÍA*. Él nos hace erizar de horror representándonos la situacion lamentable de *una alma desdichada, que ha sido privada para siempre de la gloria*. Y ¿jamás alguna lira ha sido pulsada con tanta suavidad como la suya, al compás melancólico de la triste elegía? Digánlo sus *Ratos*; aquellos *Ratos* que parece que los formó la misma Melpomene, al lado de un espectro, ó en la pavorosidad de los sepuleros, rodeada de los despojos de la muerte.

Muchos censores juiciosos é instruidos, han sido de parecer que la poesia lúgubre era el caracter mas natural de NAVARRETE; pero á pesar de la generalidad con que así se piensa, y del respeto con que debo mirar las opiniones de los inteligentes, me atreveré á de-

XXXII.

cir, que su verdadero caracter era, en mi concepto, la sencillez en la poesia pastoril. Me fundo en que no hay una sola pieza de esta clase en que no se vea bajo de esa misma sencillez una sublimidad á la que ciertamente no llegaron los mas afamados autores en sus obras compuestas en aquel estilo. Despues de haber arriesgado este juicio, que quiero sujetar á la desision de los sábios, añadiré: Que todas las poesias de nuestro insigne Zamorano, llevan consigo como una carta de recomendacion para que las apreciemos mas los Americanos; por haber sido producidas en nuestra patria, y por un paisano nuestro que careciendo de aquellas ideas de comparacion que se adquieren con la residencia en diversos países del mundo, y destituido alguna vez aun de los libros precisos, pensó por sí, y escribió por sí, recurriendo á sus propias reflexiones, y á una imaginacion admirablemente fecunda.

Tal fué NAVARRETE considerado como poeta. Si no temiera yo cansar al lector con la dilacion, me complaceria en formar aquí un cuadro que lo re-

XXXIII.

presentara copiado con todas aquellas prendas que hacian tan delicioso su trato personal; pero sacrificando este gusto en obsequio de la brevedad, lo mostraré en una pequeña miniatura, ó por mejor decir, en un ligerísimo bosquejo.

Concedió el cielo á este hombre aquellas preciosas cualidades que constituyen á un sujeto verdaderamente amable en una sociedad. Tuvo una alma verdaderamente noble, por lo que siempre aborreció todo género de bajezas. Su caracter fué sumamente ingenuo, y la doblez y el artificio, fueron vicios para él absolutamente desconocidos. Sus modales fueron afables; sus pensamientos sanos; y su conversacion en extremo agradable. Su pobreza no le impidió ser franco, y muchas personas le vieron ejecutar acciones bastante generosas. El cuidado con que reservó sus poesias por tantos años; siendo así que por lo comun se nota en los poetas un flujo irresistible de esperar á todas sus producciones, bien ó mal digeridas, es un argumento convincente de su moderacion, y de la desconfianza que tuvo de sí mis-

XXXIV.

mo. El juicio que formó de ellas al remitirlas á su hermano, prueba claramente su humildad. El elogio que hizo á Carlos IV. por haber manifestado, que le desagradaba *el tormento*, es un testimonio de que fué opuesto á la violencia. Mas entre tantas virtudes como lo adornaron, campeaba y se llevaba la atención su filantropía. No le faltaron acaso en el discurso de su vida graves persecuciones; pero él amó sinceramente á los autores de estas: Me parece que de ellos se estaba acordando, cuando en su 4.^o *Rato triste*, despues de asegurar que solo por sus penas vivia en las solitudes, y que no era enemigo de sus semejantes, añadió con tanta mansedumbre:

- ” Y aunque entre muchos de ellos me imagino
 ” Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
 ” De nadie formo queja
 ” Porque así lo dispone mi destino.”

Si tal fué su porte respecto de esos hombres, ¿cuales serian las efusiones de su corazón, reservadas para aquellos sujetos con quienes vivió unido por los

XXXV.

dulces lazos de una estrecha amistad? Dilo tú por todos, ¡oh sin igual tierntísimo FILENO! (**) tú que fuiste depositario fiel de los arcanos de su pecho, y á quien profesó mas que á nadie un cariño de que te hacias tan acreedor: Dí..... pero nada digas, porque es bien claro que le hubiera sido imposible el componer muchas de sus obras, á no haber estado dotado de una exquisita sensibilidad. Por lo que toca á sus lineamientos exteriores fué alto de estatura; blanco; de ojos azules; de pelo castaño y rizo; de buena presencia; de semblante halagueno; y de talle naturalmente airoso:

Nadie se imagine que he formado aquí una descripción estudiada no de lo que él fué; sino de lo que debia haber sido; como la que hizo Plinio de Trajanó, y Marco Tulio de su Orador. Soy sincero,

(**) Asi llama en su 3. *Rato triste* á Fileno, nombre que dió á su muy amado amigo R. P. F. Vicente Victoria, franciscano de su misma provincia, y actualmente Custodio de Rioverde,

XXXVI.

no pretendo engañar al público, y aseguro: *Que en lo que he dicho ni siquiera hay exageracion.*

Este insigne poeta tan favorecido de las musas, este hombre tan amable en el trato de la sociedad, terminó la carrera de su vida hallándose de Guardia en el real de minas de Tlalpujahuá. Poco tiempo llevaba de residir allí cuando se sintió atacado de una retención de orina, que lejos de ceder á los remedios que se le aplicaron, se obstinó en tales términos, que fué preciso administrarle los santos sacramentos. Hallándose en esta situación, hizo salir de su recámara á una Señora anciana que lo cuidaba, llamada *Doña Josefa Silva*, con pretexto de enviarla por un medicamento; y aprovechándose de aquel intervalo, puso fuego á sus manuscritos. ¡De cuantas preciosidades nos privaría este incendio! En él se sabe que perecieron treinta Sonetos dirigidos á *Anarda*. Agravose la enfermedad de todo punto, y con tal rapidez, que en el cuarto día espiró NAVARRETE á las once y me-

XXXVII.

dia de la mañana. Acaeció su muerte el día 19 de julio del año de 1809, á los cuarenta y un años de su edad. Fué sepultado su cadáver al siguiente dia en la iglesia del mismo convento. Confieso que me faltan espresiones con que significar lo amargo de mi pena..... ¡Lector! si eres sensible, añade aquí una lágrima á las muchas que entónces derramaron sus parientes y amigos.

Los elogios de tan recomendable varon deberian escribirse por un Salustio, ó un Plutarco, que ensalzaran del modo debido el relevante mérito de un AMERICANO cuya fama pasará, para honor de su patria, á las mas remotas generaciones.



ENTRETENIMIENTOS

POÉTICOS.

I.

Qui legis, tuam reprehendo si mea laudas omnia, estultitiam; si nihil, invidiam.

OWEN.

Tu estulticia reprehendo,
lector, si en todo me alabas;
y tu envidia, si me niegas
en parte las alabanzas.



En la remision de estas poesias

A FABIO.

Como en triste sepulcro
en un estante viejo,
condenados á olvido
yacian mis pobres versos:
Pero á la voz que manda
en todo lo que tengo,
fueron saliendo todos
los miserables muertos.

Dame pena el mirarlos
 carcomidos del tiempo,
 animándome á darles
 algun semblante bueno.

Ya les quito, les pongo;
 y al fin de todo advierto,
 que en vano se compone
 lo que de suyo es feo.

No obstante, Fabio, al modo
 de anatómico diestro,
 que un esqueleto forma
 de carcomidos huesos:

De la misma manera
 por solo tus preceptos,
 hice este como Libro,
 de mis mohosos versos.

Hacerte yo querria
 un ramillete ameno,
 del monte de las musas,
 con floridos conceptos:

Pero, ¡vanas fatigas
 de inútiles descos,

si Apolo no me inflama
con su divino fuego!

En juveniles años,
y alegres pasatiempos,
el amor fué mi númen:
¿cuales serán mis versos?

Pero debo advertirte,
que de su blando plectro
no siempre me he valido
en algun propio empeño.

Las mas veces instado
de la amistad y el ruego,
en agenos amores
canté agradables metros.

De aquí nace la especie
de nombres tan diversos,
Filis, Doris, Clorila,
y otros mil sobrepuestos.

En todos, ya supongo,
por todos sus aspectos
la falta del adorno,
y tambien del ingenio.

4.

Pero tú, bien lo sabes:
el alcazar supremo
de las ciencias no he visto
sino muy á lo lejos.
Por eso me disfrazo
en simple zagalejo,
y en humildes cabañas
las mas veces me sueño.
Por eso á mis muchachas
por los campos las llevo,
ya tejiendo guirnaldas,
ya guardando corderos.
Por eso..... pero basta
de por esto y aquello:
cada cual reproduce
el caracter del genio.
Por último, te encargo,
que no pongas mis versos
donde malignos momos
tal vez puedan morderlos.
Despues mas que descuides
de ratones perversos,

5.

de crüeles polillas,
y otros animalcjos.

Aquellos son pëores,
porque aunque estos, es cierto,
que dëvoran las hojas;
pero el honor aquellos.

Y en este caso, estaban
mejor mis pobres versos,
como en triste sepulcro,
en un estante vicjo.



6.
PRÓLOGO

INGENUO.

Dirá quien mis versos lea
tal vez sin ninguna primor:
Váyase el rudo pastor
á cantar allá á su aldea.
Mas para cuando así sea,
desde ahora mi musa acuerda
decirle, pues que discuerda
con su oído mi estilo llano:
Vaya el necio ciudadano
con su crítica á la mí—
ré—fá—sol—lá. Esto es á co—
mer con música, que son dos
gustos á un tiempo.

LAS FLORES DE CLORILA

DEDICADAS Á FILENO.

PRÓLOGO.



*¿Queris unde mihi toties scribantur amores?
 ¿Unde meus veniat mollis in ore liber?
 Non hoc Calliope, non hoc mihi cantat Apollo;
 Ingenium nobis ipsa puella facit.*

PROPER. lib. 2.^o eleg. 1.^a

Traducción libre.

¿Preguntarás acaso,
 lector, si en mis acentos
 tienen parte los dioses
 que cuidan de los versos?
 Respondo, que ninguna;
 sino que el rostro bello
 de una hermosa muchacha
 ha templado mi ingenio.

Clorila, sí, Clorila

la pastora que quiero
inflama mis versillos
con su amoroso fuego.

¿Para que son de Apolo
inspirantes reflejos,
si me influye mas suave
la luz de sus ojuelos?

¿Pues que si de sus lábios,
de sus lábios risueños
la sonrisa imagino?.....
Heliconas no quiero.

Lejos de mí el Parnaso,
que ya para hacer versos,
sí, lector mio, á Clorila,
á Clorila me atengo.

ODA 1.^a

Los versillos sabrosos
que cantaba á Clorila,
zagala del ameno
valle de las olivas;

Alegres producciones
 fueron de aquellos dias,
 que entre gustos se pasan
 cual sombras fugitivas.

Hoy á su rudo lábio
 mi musa campesina
 los vuelve, acompañados
 de su avena festiva.

Escucha pues, Fileno,
 en dulces cancioncillas,
 amores inocentes
 de Silvio y su Clorila.

Como en un ramillete
 advierte en esta obrilla,
 las mas preciosas flores
 que los tiempos marchitan.

¡Ay edad halagüeña!
 huyeron tus delicias,
 sin dejarme otros frutos
 que punzantes espinas.

Espinas, ¡ay, Fileno!
 que en la restante vida, etc.

el corazón me pasan,
y el contento me quitan.

¡Ay agradables ratos,
cuando á la verde orilla
de una fuente risueña
estaba con Clorila!

¡Cuando á la fresca sombra
de robustas encinas,
cantábamos iguales
mil amorosas dichas!

¡Ay, hermosa muchacha:
la memoria afligida
esprime por los ojos
estas tristes reliquias!

Como quiera que sean
estas flores, ó espinas,
á tus aras, Fileno,
mi afecto las dedica.

Allí estarán honrando
nuestra amistad antigua,
que durará, no hay duda,
mas allá de la vida.

Como yo cuando canto
 del pueblo me retiro
 al silencioso bosque
 de cedros y de pinos:
 Ó á la orilla agradable
 de los sonoros rios:
 ó al valle donde pacen
 mis mansos corderillos:
 Seguro me contemplo
 de censores malignos,
 que por las propias obras
 juzgan ajenos dichos.
 Heme de holgar ahora
 con algunos versitos,
 que á Glorila cantaba
 allá cuando era niño.
 Sus flores, ó sus gracias,
 que todas son lo mismo,
 cantar quiero. Tu flauta
 me presta, ó Cupidillo.

Sí, Cupídillo tierno,
 muy mole, muy blandito
 me inspira, que no me oyen
 los censores malignos.

Así te ofrezcan dones
 Chipre, Amatunta, Gnido,
 todo el mundo: ¿pues donde
 no te hacen sacrificios?

Ni el joven floreciente,
 ni el anciano marchito,
 se desdennan de darte
 culto no merecido.

Á los ardientes soplos
 de tu madre, yo he visto
 que en tus aras se queman.....
 rubor me da el decirlo.

Basta, amor: lo que importa
 es, que con blando estilo
 me inspires, que no me oyen
 los censores malignos.

Despierta en mi memoria
 los sabrosos versillos,

que á Clorila cantaba
allá cuando era niño.

Mas de modo, que siendo
de mi Clorila dignos,
lo sean tambien de todos
los honestos oídos.

ODA 3.^a

Por la márgen de un rio
que mansamente corre,
la zagala Clorila
cogiendo estaba flores.
Una le pido, y ella
tan inocente entónces,
á escoger de las que echa
en sus faldas me pone.
Su confianza respeto;
mas entre tanto dióme
palabra de ser mia:
en lícitos amores.
Pasó el verano: vino
el otoño; y conformes

fueron siempre los frutos
á sus honestas flores.

Aprended, zagalejas,
y vosotros pastores,
á disfrutar placeres,
que no son los de Dione.

ODA 4.^a

Un grupo delicioso,
por natural milagro,
de entretegidas flores
formó el ameno prado.
Entrose allí Cupido
á descansar un rato,
de aquellas travesuras
agenas de un muchacho.
De los pequeños hombros
baja el carcax dorado,
y en el florido lecho
se entrega al sueño blando.
Como otras ocasiones
salió Clorila al campo,

á engalanar su frente
con lo mejor del mayo.

Echa mñano del grupo,
donde dormido acaso
estaba el hijo hermoso
de Venus muy amado.

¡Quién creyera! ya fuese
por voluntad del hado,
ó por otra cualquiera
hechura del acaso:

Entre claveles rojos,
y entre jazmines albos,
no sé cómo, enredose
el diosezuelo incauto.

Las alas temblorosas
bate el rapaz cuitado,
para quedar asido
mas y mas con los lazos.

Admirada Clorila,
suspensa estuvo un rato;
pero luego entretege
al amor con los ramos.

Á su frente lo lleva,
 y el amor, mas ufano
 que si la misma Venus
 lo pusiera en sus brazos,
 Desde allí á los pastores
 que coge descuidados,
 les dispara sus flechas,
 que son ardientes rayos.

Pues yo, que á tu guirnalda
 la estoy siempre mirando,
 y vengo á ser por esto
 de amor el mismo blanco:

¿Como tendré este pecho,
 Clorila? Con mil dardos
 lo siento: sí, Clorila,
 lo siento atravesado.

¡Ay! suelta al picarillo,
 y á la alma Venus dalo,
 que menos que en tus flores
 hará en su seno daños.

¡Ay! suéltalo, Clorila,
 que viejos y muchachos

se quejan en la aldea
de su fogoso estrago.

ODA 5.^a

Calle la fama ahora
de Chipre, y no me diga
que sus alegres huertos
ofrecen mil delicias.

El huerto compendiado
de mi bella Clorila,
contiene menos flores;
pero de mas estima.

Cuando estoy asaltado
de negra hipocondria,
me brinda mil placeres
en estas flores mismas.

Claveles en sus lábios
de púrpura encendida,
en sus ojuelos yedras,
rosas en sus mejillas.

¿Que dices, Venus blanda,
del huerto de Clorila?

¿Son así ó se parecen
tus chipriotas delicias?

¡Que distancia tan grande,
ó Venus, se divisa
entre unas y otras flores,
aunque tú lo resistas!

Aquellas aparecen
con agudas espinas;
pero estas, aunque gratas,
son de honestas delicias.

Si, Venus: y te juro
que á pesar de tu envidia,
no se ajarán las flores
de mi amada Clorila.

ODA 6ª

Con otras zagalejas,
un dia de verano,

por modo de paseo,
 salió Glorila al campo.
 Cuando daban la vuelta,
 traían en las manos
 hacecillos curiosos,
 de flores matizados.
 Sobre las rubias trenzas,
 que el aire iba soplando,
 se ostentaban las rosas
 que habían entrelazado.
 Dispuso la fortuna
 que yo saliera al paso:
 Glorila dióme luego
 un muy gracioso ramo.
 Ramo que había sido
 lisonja del olfato,
 émulo de los otros,
 y honor ya de mi mano.
 Algunos pastorcillos
 que supieron el caso,
 su inocencia y mi dicha
 gruñeron y ladraron.

Mas yo digo á Clorila:
 ¿cuando vuelves al campo
 con otras zagalejas
 un día de verano?

ODA 7^a

Esas que los zagales
 llamamos chupa-rosas,
 tras tu guirnada vuelan,
 Clorila, á todas horas.
 Algunos pastorcillos
 émulos de mi gloria,
 andan tambien como ellas
 al olor de sus rosas.
 Á todos los desprecia;
 porque estos y las otras,
 son por rumbos opuestos
 hambrientas chupa-rosas.

ODA 8ª

De su guirnalda misma,
 y con su misma mano,
 Clorila en mi sombrero
 puso el mas bello ramo.
 Traía acaso entónces
 un hermoso durazno,
 agradable primicia
 del huerto que yo labro.
 Díselo; y ella luego
 lo echó en su seno blando,
 en señal cariñosa
 de merecer su agrado.
 De este modo Clorila
 advierte que su mano
 no cultiva la tierra
 de algun estéril campo.
 No faltó quien dijera,
 que los lances trocamos;
 pero si bien lo dijo,
 no lo sé, ni lo indago.

Solo sé que en mi pecho
 sentí un placer extraño;
 pero tan dulce y vivo
 que..... no podré explicarlo.

Por esto á mi Clorila
 le digo cada rato:
 dame flores, Clorila,
 y te daré duraznos.

ODA 9^a

Sobre la blanda yerba
 de una selva florida,
 sus párpados al sueño
 entregaba Clorila:

La celestial fragancia
 de su cara divina,
 un enjambre de abejas:
 convoca á toda prisa:

Cual se pega á los lábios,
 y quien á las mejillas,
 por dar á sus colmenas
 de tan sabroso almibar.

Clorila que despierta:
 y tantas abejitas
 fueron luego despojo
 de sus divinas iras.

Á vista del suceso,
 que á todos intimida,
 en rústicas zamponías
 no hay zagal que no diga:

*Que el amor liba solo
 las flores de Clorila;
 y para Silvio, y no otro,
 sus panales fabrica.*

ODA 10.^a

En pos de tu guirnalda
 estoy, Clorila, viendo
 mil simples mariposas,
 mil tiernos zagalejos.
 ¿Cual es mayor, discurre
 por contrarios extremos,
 si de aquellas lo incauto,
 ó la malicia de estos?

Si respuesta acertada
 me dieres, te prometo
 un cabrito manchado,
 que aun no asoma los cuernos.

ODA II^a

Ajar las tiernas flores
 de mi dulce zagala
 quieren pastores necios
 con maliciosa instancia:
 Pero aunque ellos parecen
 pajarracos que graznan,
 cuando viles no ensucian
 las flores que intentaban.
 Yo, como centinela
 de sus flores amadas,
 advierto que su dueño
 con recato las guarda.
 Y al instante cogiendo
 la honda necesaria,
 á los pájaros bobos
 les tiro esta pedrada.

*Aves de mal agüero,
 mil veces mal os haya;
 y que os sean como espina:
 las flores de mi amada.*

ODA 12ª

Un sueño misterioso,
 dulce Clorila, atiende,
 me lleva por un prado
 de flores muy recientes.
 Hacer una guirnalda
 allí se me previene,
 mas ¡ay! que un áspid sale
 de entre el florido albergue.
 Grito, corro; y el susto
 del letargo me vuelve;
 y ya despiercto, acaso
 será bien que te ruegue:
 Que no me des motivo
 jamas porque me queje
 de los sueños, que pintan
 entre flores serpientes.

ODA 13ª

Un ramillo de flores
 lleva en su pecho blanco
 la zagala que adoro,
 muchacha de quince años.
 Al olor que despiden
 las joyuelas del mayo,
 siguenla los pastores
 que encuentra por el campo.
 Cércanla como abejas,
 pero, vamos al caso,
 todos huelen las flores;
 mas nadie lleva el ramo.
 Yo, que detras de todos
 me divierto mirando,
 al enjambre inesperto
 este versillo canto:
*Apartaos, zagalejos,
 Clorila me ha contado,
 que á sus flores no llegan
 insolentes muchachos.*

ODA 14.^a

Como nunca de hermosa
 la zagala Clorila
 se presenta á mis ojos
 haciendo florecitas.

Ya construye una rosa
 que emúla sus mejillas:
 ya una blanca azucena
 que su candor imita.

Ya un clavel cuyas hojas,
 segun su roja tinta,
 parece que salieron
 de sus lábios teñidas.

El azul de sus ojos
 en una yedra tira.....

Yo creo que mi zagala
 se retrata á sí misma.

Así que ha completado
 su produccion florida,
 de su rubia madeja
 se desata una cinta.

Una guirnalda teje,
 y con su mano misma
 ciñe mi alegre frente,
 por coronar mis dichas.

En la estacion risueña
 no sale á las campiñas
 mas galan el verano
 á espensas de su nieta,

Como yo, zagalejos,
 me presento á la vista
 de toda la cabaña,
 por mi amada Clorila.

Ayudadme, pastores,
 á celebrar mis dichas,
 y al son de nuestras flautas
 conmigo todos digan:

*¡Ay zagaleja hermosa!
 tu Silvio te suplica,
 que con tus bellas flores
 otra frente no ciñas.*

ODA 15.^a

Un niño pequeñuelo
 con inocente mano
 jugaba con las flores
 de un delicioso prado:

Así se divertía,
 y con gorgoros blandos
 engañaba del tiempo
 algunos tristes ratos.

Mas ¡ay! furiosos vientos
 que corren desatados,
 deshojando las flores
 lo privan de su encanto.

Llora el niño..... y entóncees
 viendo que es un retrato
 de amor, delicia, ofensa,
 todo lo que ha pasado:

*Te ruego, mi Clorila,
 que de algun fiero agravio
 no deshojadas sean
 las flores que yo canto.*

ODA 16*

Auséntase Clorila,

y en este mismo instante
que es de todas mis dichas
el triste último vale:

Mi corazón, si puedo
de este modo explicarme,
como el campo se queda
cuando el verano sale.

*Á Dios, digo, Clorila:
y pues contigo parten
las flores que conmigo
no permiten quedarse:*

*Te pido las defiendas
del invierno que sabes,
no con un torpe yelo
vayan á marchitarse.*

Ella me lo asegura
con aquellos modales,
que su dulce inocencia,
tiene para estos lauces.

Y mientras que no vuelvan
las flores de mi amante,
estese mi cañuela
pendiente de este sauce.
Y el hijuelo de Venus
que dictó estos cantares,
la más amarga ausencia
á llorar me acompañe.



LA INOCENCIA.



DEDICADA

Á LA ARCADIA MEXICANA. (1)



DEDICATORIA.

¿Con qué podrá mi musa,
 ARCADIA MEXICANA.
 darte por tanto elogio
 las mas debidas gracias?

(1) Hallándose el autor de misionero en la villa de S. Antonio de Tala, colonia del nuevo Santander, en el año de 1807, dedicó las diez siguientes Odas á los poetas cuyas producciones salian entonces en los diarios de México: á quienes habla en la siguiente Dedicatoria, bajo de aquellos nombres que ellos daban á sus versos. E.

¡Oh tú, *Quebrara* amable,
 que en producciones tantas
 la suave esencia quinta
 de las Piérides sacas:

Y tú, melifluo *Mopso*,
 que de tu lira blanda
 privaste á los que atentos
 sus tonos escuchaban.

Y tú, fogoso *Arezi*,
 á quien la edad no apaga
 con sus escarchas frías
 de amor la ardiente llama.

Y tú, que tras las hijas
 del gran Júpiter andas,
Aplicado, travieso
 en las discretas chanzas.

Y tú, que misterioso
 en cuatro letras guardas (2)

(2) *J. M. R. G.* Así se firmaba uno en el diario. E.

un nombre que merece
lo publique la fama.

Y tú, *Can-azul* diestro,
que la discordia espantas,
al son de las cañuelas
que te dieron las gracias.

Uribe Deoquin..... todos
los que en el diario se hallan,
tejiéndole á mi musa
diferentes guirnaldas:

Con ellas ha subido
á la cumbre elevada
de Apolo, y hoy se mira
entre las nueve hermanas.

Allá en felice vuelo
de vuestras grandes alas
subió..... ¡milagros todos
de vuestras alabanzas!

¿Con qué podrá, pues, ella
correspondéros grata;
sino con repetiros
lo mismo que os agrada?

Vosotros lo habeis dicho;
 y así estas Odas vayan,
 que alaban la inocencia
 de una simple muchacha.

Ellas son, en algunas
 horas desocupadas,
 á manera de alivio
 de mi tristeza amarga.

Mi musa las entona,
 y estas altas montañas
 de la villa de Tula
 repiten sus tonadas.

Los pastores en ellas
 aprenden como se ama;
 y á serles siempre fieles
 se enseñan sus zagalas.

Escuchadlas, pastores
 de la moderna ARCADIA:
 escuchadlas benignos,
 y perdonad sus faltas.

INTRODUCCION.

Cantar de la *inocencia*
los amables candores,
será el mas propio asunto
de mi campestre albogue.
Musa, la que desdeñas
á los sublimes hombres,
que se van á las nubes
en sus grandes transportes:
Y que solo te dignas
animar los cantores,
que entonan agradables
sus humildes canciones.
Tú, que á mi ruego facil
por estos densos bosques
me acompañas algunas
felices ocasiones:
Ahora mas que nunca
benigna me socorre,

porque de la inocencia
quiero cantar loores.

Loores, que soberbios
allá en algunas c6rtes,
desprecian los que ciegos
su objeto no conocen.

Y t6, virtud del cielo:
alma inocencia: acorre,
vuela y dale á mi musa
tu merced y favores.

Preséntale tu imágen
bajo el rostro y colores
de la cándida Anarda,
zagala de estos montes.

Y haciendo este milagro,
verás los vicios torpes
que arrastrándose huyen
y en sus cuevas se esconden.

Verás en tus altares
las mas preciosas flores
que brotan los afectos
de nuestros corazones.

Mientras que la comarca
 te llama con el nombre
 de la diosa que influye
 en los castos amores.

Y la fama alentando
 su retorcido bronce,
 alegre desparrama
 tus gracias por el orbe.

Esto baste, inocencia:
 y que mi musa sople,
 que ya mi albugue sueña,
 y las cabañas le oyen.

ODA 2.^a

LA ZAGALEJA.

Érase en estos campos
 una graciosa niña,
 que nunca vió la cara
 á la negra malicia.

Llevola su inocencia
 de acuerdo con mi dicha,
 por dó estaba yo en vela
 de mis pobres cabritas.

En sus negros ojuelos
 que el dulce halago habita,
 y en sus purpúreos lábios
 que se bañan de risa,

Se asema milagrosa
 la honestidad sencilla,
 que si esperanza alienta,
 tambien temor inspira.

Amor, que de mi pecho
 su blanda cuna hacía,
 como yo la mirase,
 despierta á toda prisa:

Y luego por el aire
 baticiendo sus alitas,
 se va al tierno regazo
 de la silvestre ninfa.

Ella teme cobarde
 al verlo una ascua viva,

y de su seno de ambar
 lo arranca y precipita.
Mas luego su ternura,
 superior á lo esquivá,
 del suelo lo levanta,
 y le hace mil caricias.
¿No te acuerdas, Anarda,
 de las primeras vistas
 que tuvimos? ¡Ay tiempos
 de nuestra alegre vida!
Huyeron..... mas dejando,
 sin aguar nuestras dichas,
 mil motivos gloriosos
 de inocentes delicias.
Porque ellos solamente
 lo caduco dominan;
 no la virtud, que el alma
 sus bienes eterniza.

LA SIMPLICIDAD.

Cuando en la dulce Anarda
cual por vidrieras veo
aquella su agradable
inocencia del pecho:

Me acuerdo lo que sábios
decían nuestros viejos
á todos sus muchachos
en pastoriles versos.

Al son de sus zampoñas
cantaban, que hubo un tiempo
en que bajó á los campos
una virtud del cielo.

Los hombres que al mirarla
nuda y de rostro bello,
el nombre de la amable
simplicidad le dieron.

Y que amada de todos
siempre estaba con ellos,

en sus selvas y chozas,
 en sus mesas y lechos.

Y que así como el orbe
 se anima por el fuego;
 así por ella todos
 los humanales pechos.

Pero, que vino un día
 obscuro, en que con ceño
 doble la vió el engaño,
 de falsedad cubierto:

Que asustóse; y turbada,
 dejando nuestros techos,
 se fué á las soledades
 de los incultos cerros,

Á vivir con la humilde
 yerbecita del suelo,
 con inocentes aves,
 y con mansos corderos.

¡Oh virtud, que en mi Anarda
 tienes como un espejo;
 así como en la luna
 el resplandor febeo!

Tú, liberal la envías
 de allá desde tan lejos,
 tus mercedes y gracias,
 que ella guarda en su seno:
 Donde yo cariñoso
 y rendido, te ofrezco,
 como en ara sagrada,
 mil sacrificios tiernos.

ODA 4ª

LA CORDERITA.

Una mansa cordera
 tiene la dulce Anarda,
 que yo la dí obsequioso
 de mi corta manada.
 Sonoros cascabeles
 le cuelga en la garganta,
 y un penacho le forma
 de cintas coloradas.
 Érase la ovejita
 en la verde campaña,

envidia de las otras,
 y hechizo de su ana.
Mas ¡ay! un lobo fiero
 que en la noche callada
 bajó, cuando yacía
 en sueño la cabaña:
Del hambre que le roe
 el corazón y entrañas
 agitado, la cubiste,
 y su sangre derrama.
¿Dó, Pan, estás dormido?
 ¿Por qué tu ronca flauta
 con siete horrendas voces
 á las fieras no espanta?
Y nó que Anarda triste
 hoy llora por tu causa,
 sin admitir consuelo,
 mil lágrimas amargas.
Pero tu llanto enjuga,
 tiernísima zagala,
 que si la oveja ha muerto
 aquí tienes mi alma.

Mi alma que te quiere
 con un amor sin máscara,
 como otra corderita,
 que te traeré mañana.

Pero, cuidado, mira
 que de otros montes bajan
 otros lobos, hambrientos
 de otras corderas mansas.

Guárdate siempre de ellos.....
 de los hombres te guarda,
 que carnívoros buscan
 á las simples muchachas.

ODA 5^a

EL PREMIO.

Pídenme las zagalas
 que les cante la bella
 perspectiva que forma
 la alegre primavera.

El caso es venturoso,
 pues su favor me empeñan
 Lesbia, Lidia, y Anarda,
 con mil dulces promesas.

Rendime, pues, gozoso:
 rendime..... ¿Y quien pudiera
 no rendirse á la instancia
 de tres muchachas tiernas?

Á su influjo suave
 desatóse la vena,
 y espaciose mi nusa
 por la pintada selva.

Y así cantaba el como
 y el cuando á nuestras tierras
 se azomaba la diosa
 de la estacion risueña.

Y como va sembrando
 sus flores por la selva,
 que por cogirlas corren
 las lindas zagalejas:

Mientras que los pastores
 con blandas cañucelas

mil amores las cantan
 y sus gracias festejan;
 Con otras muchas cosas
 que llenaron la fiesta,
 y que aunque no son malas,
 pero que son ya viejas,
 Cantaba: y luego quita
 de sus doradas hebras
 Lesbia un listón morado,
 y lo faja á mi trenza.
 Al dedo pequeñito
 una ebúrnea fineza
 saca Lidia, y al mio
 lo hace entrar á fuerza.
 ¿Que hará entónces Anarda,
 la dulce muchachuela,
 que mi afecto se roba
 con su simple inocencia?
 ¿Que hará entónces? me mira:
 y la cara cubierta
 del color que le saca
 la virginal modestia:

Se acerca titubeando,

y una blanca azucena
de su albo pecho arranca,
y la pone en mi diestra.

Se oye al pronto un zuzurro,
como el que las avejas
en el hueco levantan
de la obscura colmena:

Porque muchos zagaes
que están por la pradera,
discurren..... como todos,
allá con sus cabezas.

Unos, discretos votan
por el premio de Lesbia,
y otros por el de Lidia
mil razones alegan.

Yo que no entro en disputas,
huí de la contienda;
pero dando al de Anarda
mi amor la preferencia:

Porque en él contemplaba
cifrada su inocencia,

por la que en estos campos
mis versos la celebran.

Por ella, mas que á nadie,
le cantaré la bella
perspectiva que forma
la alegre primavera.

ODA 6ª

LA TORTOLITA.

La tortolilla tierna
que en jaulita curiosa
de mímbrres delicados
tenia mi pastora:
La que huérfana viuo,
por suerte venturosa,
á morar en su seno,
como en nido de aromas:
La misma que á su dueño
en apacibles horas
su inocencia divierte,
y sus delicias forma:

Esta mañana, es cierto,
de la frágil custodia
salióse, dando al viento
sus alas voladoras.

Salióse cuando en lo alto
de las pajizas chozas
el alcon afilaba
sus uñas trinchadoras.

Éste la sigue, y ella
revolando medrosa,
huye; y por todas partes
las auras leves corta.

Yo entónces preparaba
mis flechas cazadoras,
con que sigo á los Ciervos,
los Paños, y las Onzas:

Y con certera mano,
y en nombre de la diosa
de los bosques, disparo
una jara sonora.

Silvó el aire: y al punto
en presencia de todas

las Napéas que iban
 en séquito de Flora,
 Bajó el ave rapante
 envuelta en sangre roja,
 y la tórtola simple
 con vida milagrosa.
 Al mirar el suceso,
 estaba como absorta
 Anarda, y yo la dije
 cantándola esta copla:
Anarda, ten presente,
si sales de tu choza,
la malicia del mundo,
tu inocencia, y mi honra.

ODA 7^a

EL HIJO DE VENUS.

Mirando la inocencia
 de Anarda, y lo sencillas

que se muestran las gracias
que la hacen compañía:

La insolencia presume
temeraria sus dichas,
en el culpable goce
de fáciles caricias.

Pero, ¡cuan engañada!
pues mi celo la avisa
del mal en que tropiezan
las imprudentes niñas.

Por esto, aunque inocente,
de las flechas se libra
que amor, hijo de Venus,
le dispara encendidas.

Burlado este muchacho,
emboscábase un día,
cual cazador que acecha
incautas liebreçillas.

Y oculto entre las ramas
de sus cautelas fia
el triunfo á que aspiraba
de la inocencia misma.

Como otras ocasiones
 tras sus corderas iba,
 buscando frescas sombras
 mi Anarda simplecilla:

Sacó la cara entónces
 amor, y la convida
 con sabrosas ciruelas,
 que allí cortado había.

Cuando ella advierte el riesgo
 de las redes que pisa,
 llama á su honer, que acaso
 ya en su zagal venia.

Librose: y aquí es cuando
 dobladas las redillas,
 el diosezuelo astuto
 de la chipriota isla,

Mirando á todas partes,
 y juntas sus manitas,
 mil puchericos forma
 que á mí me hacen cosquillas.

Y llamando á los Faunos
 de aquellas serranias,

como testigos fieles,
su amparo les suplica.

Pero al fin de sus votos,
y plegaria infinita,
mezclada con un dulce
torrente de mentiras,

La merecida gala
al pronto se le aplica
que se da á los muchachos
por sus travesurillas.

Las ninfas de los montes
que estaban á la vista,
riendo á carcajadas
la fiesta solemnizan.

Y Cupido de entónces
á mi zagala mira,
como gato escaldado
que huye del agua fria.

LA FUENTECILLA.

En el ameno soto
dó suelo entrarme á ratos,
á repasar memorias
de mis pueriles años:

Hay un ojito alegre
de agua pura, manando
el humor de algun rio
que corre subterráneo.

Jamas se le avecinan
los sedientos ganados,
porque Driadas verdes
lo están siempre guardando.

Al nùmen del silencio
parece consagrado;
y un no sé qué respira
de sueños y de encantos.

Alguno de estos dias
á su orilla sentado,

contemplaba lo limpio
de sus cristales claros.

Su linfa transparente
mis ojos penetrando,
alcanzaba la vista
los peccillos vagos,

Y las pequeñas guijas,
que allá como en letargo
hundidas en el fondo
se advierten descansando.

Entonces á mi dueño
el símil apropiando,
por su pecho sencillo
que nada me ha ocultado,

Escribí como pude
en el tronco de un árbol,
cedro muy corpulento,
estos versillos cuatro.

*Anarda, si á este sitio
te tragere el acaso,
en esas aguas mira
tu natural retrato.*

LA VENUS DE CHIPRE.

Vocinglera la fama
 cuenta como Cupido,
 burlado por Anarda,
 á su madre lo dijo.
 Y como allá en el bosque,
 entre espesos lentiscos
 fué castigado, siendo
 tan tierno y tan bonito.
 Y que irritada Venus
 rasgando sus vestidos,
 y dando al suelo muchos
 de sus lucientes rizos:
 Tres, cuatro..... y muchas veces
 con llantos y con gritos,
 juraba la venganza
 por los lagos estigios.
 Y que subiendo al carro,
 y dejando los ciprios

lares, á nuestras tierras
derecha tomó el giro.

Y que en su auxilio vienen
mil flecheros Cupidos,
como tordos que vagan
tras Ceres por los trigos.

Mas ¿que importa, si Anarda
aunque simple ha tenido
para todas sus huestes
un pecho diamantino?

El caso es como sueño;
mas en verdad yo he visto
un ejército grande
de alegres pastorcillos,

Que siguen á mi Anarda
por los valles floridos:
y esto encierra misterios,
y encantos, y prodigios.

¿Pues qué? ¿no pudo Venus
dar allá con hechizos
la forma de zagales
á sus amores mismos?

Y ¿para qué todo esto,
tú, la reina de Guido,
y de Amatunta, y Páfos,
y otros pueblos lascivos?

¿Para qué tus banderas,
tu poder y dominios,
se extienden hasta el campo
de honestos pastorcitos?

¿Para qué tanta guerra?
¿para qué tantos tiros
preparas á una joven
de un pecho el mas sencillo?

Pero: ¿que me detengo,
pastores, en decirlos
la insolencia de muchos
amores atrevidos?

Una lóbrega noche
cercaron el pajizo
albergue de mi Anarda,
sus ojos ya dormidos.

Mas luego despertando,
y dando voces, dijo:

*Anfriso, acorre, vuela,
tu honor se halla en peligro.*

Y ellos, como ladrones
al trueno fugitivos,
con su madre se fueron
de vergüenza corridos.

Acompañadme gratos,
pastores mis amigos,
y cantémos ufanos
al son del caramillo:

*¡Victor! ¡Oh, victor grande,
Anarda, y siempre victor;
que aunque simple has triunfado
de Venus y Cupido!*

ODA IOª

CONCLUSION.

Todos cantan materias
segun sus facultades,
ayudados del gusto
y primores del arte.

Y así cantan felices
 los rústicos zagales,
 las gracias de sus dueños,
 en que más sobresalen.

Fabio canta de Mirra,
 en cítara sonante,
 las hechiceras voces
 de sus dulces cantares.

Floridano, de Lisi
 las figuras que sabe
 diestra formar en todos
 los campesinos bailes.

Amin, de Aleja lo albo
 de su mano tornátil,
 cuando las cuerdas de oro
 de su vihuela tañe.

También de su Dorila
 los ojos vivaces
 canta el sabio Fileno,
 en metros agradables.

Nicandro, de Roscoda
 el aliento suave

de olorosos claviles,
cuando la boca abre.

Nemoroso, de Tirsia
el cuello, comparable
á la nieve, que adorna
con sargas de corales.

Todos cantan discretos
segun su ingenio, y hacen
de este modo á sus dueños
sujetos memorables.

Yo empero cuitadillo,
en humilde lenguaje
canté de la inocencia
los dones singulares.

Cantélos como pude,
bajo el propio semblante
de Anarta, que es el dueño
que por suerte me cabe.

Si acerté en los colores
que presentan la imágen
de la virtud, que es propia
de genios celestiales,

No importa que tu nombre
 se quede en estos valles,
 Anarda, y que el silencio
 para siempre lo guarde.

Toma mi albogue humilde,
 y en aquel árbol grande
 que hace fresca tu choza,
 que penda en adelante.

Allí estaré á tus ojos,
 sin que otro amor alabe,
 que el que nace de un pecho
 sencillo y como de ángel.

¡Oh, si el tiempo quisiera
 los respetos guardarle
 que hacen vivir por siempre
 á la virtud laudable!

Entonces: él viviera,
 y tu blando caracter
 aunque simple, sería
 ejemplo en las edades.

¡Ay! guárdente los cielos
 de enemigos falaces,

y tu alba frente cignan
laureles inmortales. (3.)



(3) Cuando en el año de 1807 pasaron estas diez oditas á la censura del Sr. D. José Manuel Sartorio para que se imprimieran en nuestros diarios, comprendió tan respetable sábio todo su parecer en esta corta, pero enérgica exclamacion: *¿Quien puede negar su aprobacion á estas bellezas tan dignas de salir al publico?—Sartorio.*

De intento no he querido poner esta nota hasta el fin de ellas, porque no dudo que encantado ya el lector con su hermosura, exclamará tambien: *¿Quien te puede negar el tributo de la admiracion, ó dulcísimo NAVARRETE? E.*

LA MÚSICA

DE CELIA.

.....*Quoniam convenimus ambo
Tu calamos. inflare leves, ego dicere versus.*

VIRGIL. BGIOS. 5^a.

ODA 1^a

Id, mis versitos tiernos,
á la presencia augusta,
á las aras divinas
de Celia, deidad dura.

Id á sus manos albas,
á sus manos ebúrneas,
que al jazmín hacen negro,
y á la azucena obscura:

Aquellas manos sábias,
 que diestramente pulsan
 el órgano sonoro
 de las cantoras musas.

Besadlas: ¡ay! besadlas
 con sumision profunda,
 á nombre del que os manda
 á tan sagrada altura.

¡Ay! venturosos hados
 tengais, y que os induzcan
 por sus muy castos ojos
 santo amor y fé pura.

ODA 2ª

Canten otros poetas
 de su objeto amoroso
 claveles por mejillas,
 y lucros por ojos.

Mientras que en pequeñuelos
 dulces versos yo entono.

La música suave
de la niña que adoro.

¡Oh! préstame, divino
VALDES, tu laud de oro:
el mismo que pudiera
honrar al grande Apolo.

Comunicame el tierno
aquel muy blando soplo,
que fué para tus versos
como un vital favonio.

Así tu diva Filis,
con recuerdos gloriosos,
enjague para siempre
tus tan fúnebres lloros.

Entónces mis versillos,
con son mas delicioso,
que plácido murmullo
de pequeñuelo arroyo,

Irán á los oídos
de un simulacro hermoso,
duro á mí, como blando
á musicales tonos.

¡Ay, Celia! ¡ingrata Celia!
 acé como en un tróho
 en el alita té miro,
 y humillado té adoro.

ODA 3^a.

En éxtasi el mas dulce
 mi alegre fantasia
 del célebre Parnáso
 llevome hasta lá cima.
 Entre mil caprichosas
 cuanto agradables ninfas,
 el alma me arrebatan
 la *Música* y *Poesia*.
 Estas dos bellas artes,
 como IRIARTE decia,
 yo las ví que tocaban
 en una misma lira.
 Y Jove, el almo padre
 de tan angustas hijas,
 desde su solio excelso

luces les comunica.

Al paternal influjo
estrechamente unidas,
una y otra abrazada
sus gracias eternizan.

Mutuos sus sacros lábios,
las rosadas mejillas
con ósculos se alternan
en fraternal caricia.

Aquí vuelvo del rapto,
Celia del alma maia,
solicitando el goce
de tu gracia benigna:

Y que los dulces versos
de mi tierna poesia
los llevára á sus tonos
tu música divina.

¡Oh, si tal sucediera!
¿cuanto mejor sería
la realidad, que el sueño
de la imaginativa?

ODA 4ª

¿Que quieres, amor necio,
 si en pago del cariño
 que á Celia ingrata tienes,
 ya su rigor has visto?
 ¡Oh, mas que el bronce dura....
 sí, mas que el bronce mismo
 dura, la que maltrata
 á un ternezuelo niño!
 Así exclamaba, cuando
 en mi triste retiro,
 dura Celia, contemplo
 tu rigor excesivo.
 Entónces, sea sueño
 que me cae de improviso,
 ó fantástico raptó,
 ó amoroso delirio;
 Ví entrarse por la puerta
 de este cuarto que habito

dando débiles ayes,
un pequeño infantilto.

¿Que tienes? le pregunto:
dímelo ¿andas perdido?
¿eres huérfano acaso?
¡ay! ¡pobre muchachito!

Ya un diluvio de llanto
sus tiernos cachetitos
inundaba, moviendo
mi ánimo compasivo.

Y arrancando del alma
un blando suspirillo,
me responde: „*papá,*
papá, yo soy tu hijo.

¡Ay! que ¿no me conoces?

Yo soy tu amor, el mismo
que en Celia rigurosa
á *mamá* solícito.

Porque absorto en las gracias
de sus músicos trinos,
elevado me tiene
con sonatas y tríos.

Mas ella me despacha
 en busca de cariños,
 y madre que me envuelva
 á..... No puedo decirlo.”
 Sí, ya te entiendo mi alma,
 le contesto: ¡angelito!
 vente á mi pecho, vente
 á tu cuna, á tu abrigo.
 Duérmete; y la esperanza,
 consuelo de afligidos,
 que te mantenga..... calla:
 ten paciencia, hijo mio.

ODA 5.^a

Discípula de Apolò:
 cuando yo te contemplo:
 divertida, pulsando
 el sonoro instrumento:
 Cuando en raptos del alma
 miro tus albos dedos,

honrando del teclado
 los marfiles muy tersos:
 Estaba por decirte
 que como en grato sueño
 escucho, aunque distante,
 los acordes acentos.

Tu música agradable
 con un divino fuego
 alienta, sí, no hay duda,
 alienta mi deseo.

¡Ay, Celia, Celia hermosa!
 con sus alas soberbio
 sube á gozar las luces
 de tu elevado cielo.

Mas ¡ay! que deslumbrado
 tan loco pensamiento,
 precipitado baja;
 pero en amarte ciego.

Ciego en amarte sigue,
 por mas que tus intentos
 castigos le preparen
 despues de mis tropiezos.

Este es amor constante;
 mas con tan dulce objeto,
 las penas se hacen glorias,
 favores los desprecios.

ODA 6ª

Jamás, ¡oh ciclo santo!
 la tentacion tuviera
 de amar niñas que juntan
 á lo sábias lo sérias.
 Mi voluntad, medrosa
 en esta parte, era
 vírgen, y así tenia
 su algo de recoleta:
 Y mi amor, cauto niño,
 no obstante su inocencia,
 hecho voto, tenia
 de castidad perpetua.
 Pero ¡ay! que al contemplarte
 aunque adusta, discreta,

todas mis precauciones
 las echaste por tierra.
 Mas nada habias perdido,
 si por la contingencia
 tu gracia, Celia hermosa,
 mi amor te mereciera.
 Pedias, y yo lo digo,
 corresponderle tierna,
 siquiera porque hasta ahora
 tú has sido la primera.
 ¡Oh, Celia: Celia ingrata!
 ¡ay! ámame siquiera
 porque nunca en mi vida
 quise á graves ni austéras.
 ¡Oh, como te cantara,
 y al compás de tus cuerdas
 te dijera mil dulces
 mil cancioncillas tiernas!

ODA 7.^a

¡Oh, dichosos mil veces
 músicos celebrados:

tú, *Pleyel* espresivo,
tú, *Háiden* soberano!

¡Dichosos! sí, por vuestras
obras de ingenio raro,
que acaso la hábil Celia
ahóra está estudiando.

Esto os hace, no hay duda,
aun mas afortunados:
¿para qué mayor gloria?
¿para qué mejor lauro?

Yo no le trocaria
por el eterno ramo
que en su dorada frente
ostenta Apolo ufano.

Vuestras composiciones
por virtud, ó milagro,
hagan su alma mas dulce,
y su genio mas blando.

Susciten en su pecho,
en su pecho mas blanco
que la cándida nieve,
y el bruñido alabastro,

Aquellos sentimientos
 divinos, mas que humanos,
 que presumen de tiernos,
 sin desmentir lo castos.

El mismo amor que en ella
 tiempo ha que estoy buscando,
 por lisonja á lo menos
 del gusto con que la amo.

ODA 8ª

Inconsolable estaba
 el niño amor, y dicen
 que á su madre la diosa
 así le llova triste:

„ ¡Ay, madre! no sé como,
 no sé como decirte,
 que Celia inexorable
 no quiere recibirme.

Esta deidad me agravia,
 cuando es que no me admite,
 porque intereses bajos
 son mis únicos fines.

¿Qué dices, madre, de eso?
 alma madre, ¿qué dices?
 pues yo ¿para qué quiera
 los dones contentibles?

Aunque muchacho, no ando
 con empeños pueriles;
 ni hago el trato un comercio
 que me desacredite.

Yo busco los halagos
 en tonos apacibles,
 como niño criado
 con tus tiernos melindres.

Estos son en mis *pascuas*
 en mis *pascuas felices*
 mi *turrón de alicante*,
 y también mis *confites*.

¿Y qué cuando se llegan
 mis cumple-años? me sirven,
 sí, los dulces halagos
 de muy preciosos diges.”

Entonces Venus blanda
 risueña es que le dice:

„anda, cuitado, aprende
las chanzas femeniles.

Y á la deidad que nombras,
y en gracias me compite,
dile: que eres muchacho
digno que te acaricien.

Que te quiera, que te ame,
que te adore, y estime,
que á su seno te lleve,
y que en él te eternice.”

ODA 9.^a

Á tí, Fama gloriosa
de la divina Celia,
que sus gracia públicas
con cien bocas parleras:
Á tí que le das todo
un cúmulo de prendas,
á tí me quejo, Fama,
pues tú me haces quererla.

Si es tan tierna que admite
 el símil de la cera,
 cuando dócil se ablanda
 á la llama febea:

¿Como dura resiste
 cual diamantina piedra,
 al fuego de un amante,
 que ansioso la desea?

No, Fama, cuando alabes
 tanta beldad, espresa,
 su ingratitud, cual mancha
 de toda su belleza.

Ó así como la sombra
 al claro sol opuesta,
 ó en cándida mañana
 como una nube negra.

Y tenga Celia ingrata
 el nombre de discreta,
 y de hermosa, y de sábia,
 y otras mil cosas buenas:

Y sobre todas cuantas
 la *música* se lleva

alabanzas sublimes,
 publíquese maestra;
 Pero el honor mas grande
 de la naturaleza,
 el título de *dulce*,
 no, Fama, no lo tenga:
 Hasta que á mis amores
 no haya dado las pruebas
 que las leyes imponen
 de la correspondencia.

ODA 10^a

Estas son, ¡oh sagrado,
 escelse, sábio númen!
 las sílabas postreras:
 de mis versillos dulces.
 Sí, Apolo, para siempre
 de tu elevada cumbre
 me despido, llorando
 el rubor que me cubre.

Porque dime, ¿si Celia
 como un empeño inútil
 habia de leer mis versos,
 por qué suave le influyes?
 ¿Por qué su alma dispones
 con todas las virtudes
 de músicos encantos,
 aunque el verso no escuche?
 La música, y poesia,
 por tus hijas las tuve,
 y en armónicos lazos
 las hiciste insolubles.
 ¡Ea! vaya, Apolo, dile
 que con su hermana junte
 á mi poesia tierna;
 por mas que la repugne.
 Que es paternal precepto,
 y es fuerza se ejecute,
 que un punto no se aparten
 las hijas de tu númen.
 ¡Oh, si tal sucediera!
 yo en métricas laudes,

su *clave* elevaría
 á esos cielos azules.
Para que allí brillara
 como la lira ilustre
 del milagroso Orfeo,
 entre las claras luces.

ODA II^a

¿Conque puedo entregarme
 al consuelo? ¡dichosas
 de amor las dulces flechas
 que cuentan mil victorias!
La mayor fué vencerte:
 sí, Celia, y mas que todas
 al amor acredita
 de fuerza poderosa.
Todo el amor lo vence:
 y por el alma toda
 se me entra y me consume
 su tea abrazadora.

Pero, ¡qué dulce! ¡ay, Celia!

¡ay, Celia muy hermosa!

¿la sientes tú? pues deja,

deja abrasarte toda.

¡Oh, blandos cupidillos!

con alas vaporosas

volad: venid: tejednos

bellísimas coronas.

Quemad inciensos suaves:

esparcid frescas rosas:

cantadnos dulces himnos

con gargantas sonoras:

Y repetid alegres

de amor la gran victoria;

si Celia con su *clave*,

Fidelio con sus *odas*.





*En la siguiente composicion imitó ve-
llamente el autor á D. Juan Melen-
dez Valdes, en la Paloma de Filis. ¡Gran
privilegio de los poetas: transmitir á la
posteridad aun las mínimas cosas de sus
dueños! E.*

LA POLLITA
¶
DE CLORI.



ODA I.^a

Si el suave pajarillo
 que á Lesbía fué embeleso
 dió materia á CATÚLO
 para tonos funestos:
Y si VALDES divino,
 inspirado de Febo,
 la *Paloma de Filis*
 cantó en graciosos métrós:
Favor, ó blandas musas,
 hoy sca, pues os lo ruego,
 la *Pollita de Clori*,
 asunto de mis versos.

ODA 2ª

En el dulce regazo
 de mi Clori halagüeña
 una alegre esperanza
 cumplíame mil promesas:

Cuando de su morada
 éntrase por la puerta
 dando llorosas piadas
 una pollita tierna.

Del cascarón entónces
 había salido apenas,
 porque eran sus plumillas
 como de blanda seda.

Al instante mi Clori
 á su falda la lleva,
 ya en su seno la pone,
 ya la saca y la besa.

Tente, Clori, y te guarda
 de prodigar finezas,
 que á mí se deben solo
 tus espresiones tiernas.

ODA 3.^a

Ya en el seno de Clori
 se arrolla su pollita,
 y al calorcillo blando
 se queda ya dormida.

¡Venturosa polluela,
 que te ves socorrida
 no bajo de unas alas
 de plumas mal mullidas;

Sino en el mismo seno
 de Clori, donde anidan
 el amor delicado,
 las gracias, las delicias!

¿Qué importa que los hados
 te hiciesen peregrina,
 si tu suerte otras aves
 como gloriosa, envidian?

Sigue, sigue en el seno
 dó gozas mil caricias,
 con gusto de tu dueño,
 y con envidia mía.

ODA 4ª

¡Qué tiernos tus oficios,
 qué graciosos, qué humanos,
 la huérfana pollita
 debe, Clori, á tu mano!

Ya de arroz le presenta
 los pequeñuelos granos,
 ó ya el trigo que quiebras
 con tus dientitos albos.

No sé que siento, Clori.

Tu genio es ya mas blando,
 que cuando yo gemia
 en busca de tu agrado.

Mi tierno amor entónces
 tratabas con agravio,
 no obstante que te hacia
 mil dulces agasajos.

Pero, si ya me quieres.....

Clori, ¿dí si me engaño?—

No.— Pues á Dios memorias
 de tiempos ya pasados.

ODA 5.^a

De Clori la pollita
 ha cresido ya un poco,
 de suerte que ya puede
 subírsele hasta el hombro.

Desde allí solícita
 abrigo de algun modo,
 entre las rúbias hebras
 de su madeja de oro.

Tal vez alarga el cuello,
 y su piquillo corvo
 á besar se dirige
 del lábio el clavel rojo.

El aljofar menudo
 de sus dientitos cortos,
 pica; y su engaño espresa
 allá en su feble tono.

Pero ya se consueta
 con nectar mas sabroso
 que el que á Jupiter sirven
 en su alto consistorio.

ODA 6ª

Cuando al hombro te subes
 de mi querido dueño,
 parece que platican
 las dos algún secreto.
 Ya llegas á su oído
 el pico vocinglero,
 y ella volviendo el rostro
 te truena un dulce beso.
 ¿Le llevas por ventura
 recado de alguna necio?
 ¡Si así fuera!..... al instante
 te torciera el pescuezo.
 Y en el caso, ¿qué dice?
 ¿le pagará su afecto?
 ¿Olvidará que la amo?
 Tú callas..... yo recelo.
 Dile, dile que á nadie
 mire con ojos tiernos,

que su afición yo solo,
 yo solo la merezco.
 Dícelo: así los dioses
 te libren de alcon fiero,
 y lo que es mas, gozando
 delicias de su seno:
 Hasta que hayas crecido,
 y de tus mismos huevos
 saques unas pollitas
 que te sirvan de espejo.

ODA 7ª

Los lunarcitos negros
 que en su carita blanca
 tiene mi Clori bella
 con que aumenta su gracia,
 Con blandos piquetillos
 su polluela le halaga,
 como que solicita
 comérseles incauta.
 Así lo he presumido,
 porque en esta mañana

que Clori la tenía
calentando en su falda,

Ya que Clori dormía,
la avecilla insensata
al más principal de ellos
da muy recia picada.

Abre los ojos Clori,
y adolorida palpa
sobre el puntito obscuro
sangrienta pincelada.

En esta ocasión se une
al marfil de su cara,
sobre azabache negro,
rojo esmalte de grana.

Que á su mucha inocencia
dé la polla mil gracias;
si no, asada ésta noche
yo la diera la gala.

ODA 8ª

Pollita afortunada,
así cuando más crecías

de tí se prende un pollo
 que te haga bien la rueda.
 Que cuando al hombro subas
 de mi adorada prenda,
 le digas, que no le haga
 traicion á mis finezas.
 Dile, que si tan solo
 el temor de la ofensa
 es agudo cuchillo
 que el pecho me atraviesa:
 Cuando de un duro agravio
 la realidad sintiera,
 ¿qué sería? ¡Ay! dile, dile.
 dile mil cosas de estas.
 ¡Ay! dícelas, pollita:
 así cuando mas crecenas
 de tí se prende un pollo,
 que te haga bien la rueda.

ODA 9ª

¡Que bello maridage,
 polluela, hacen tus plumas

realzando cada día
mas y mas tu hermosura!

Sábía naturaleza,
en dos colores junta
cuanto cabe de lindo
en las pollas mas chulas.

¡Qué alba se me presenta
la plumosa pechuga,
que del sol á los rayos
como nieve relumbra!

El évano se visten
las alas puntiagudas,
y en lo demas del cuerpo
los dos colores luchan.

Tal vez formar pretenden
de jaspes la figura:
tal vez una Hovisna,
de pringuitas menudas.

Vete, vete á presencia
de Clori que te influya,
porque á sus ojos debes
tu hechicera hermosura.

ODA 10ª

La pollita de Clori,
de catarro maligno
se ha enfermado, y no valen
remedios á su alivio.

La plumilla erizada,
lo clavado del pico,
los soñolientos ojos
son de su muerte indicio.

¡Ay! que tierna mi Clori
los médicos oficios
hace con la polluela
iman de sus cariños.

Ya con aceite la unta,
y ya la abre el piquillo,
instándola á que pase
algunos bocaditos.

Ya en su amoroso seno
le solicita abrigo:

ya.... pero nada vale
 contra su mal nocivo.

Ya el estortor le ha entrado,
 sucede el parasismo,
 y su vital aliento
 manda á los aires frios.

Y pues la pena pasa
 del pobre animalito
 á tí, mi Clori tierna,
 ¡mal haya el romadizo!

ODA IIª

Si la difunta polla
 no tiene ya remedio,
 tanta copia de llanto
 ¿para qué das al suelo?
 ¿Para qué el llanto turbio
 empaña unos ojuelos
 tan graciosos, tan lindos,
 tan sin límite bellos?
 Ya se quedan sin rosas
 tus cachetitos tiernos,

como prados que arrazan
algunos arroyuelos.

¡Ay, Clori! que se eclipsan
de tu gracioso cielo
dos soles, cuyas lumbres
encendieron mi pecho.....

Qué ¡aun lloras? ¿Nada valen
de tu Silvio los ruegos?....

Sí, Clori, otro semblante
ya se te va poniendo.

La tormenta ha pasado:
me parece que veo
del cielo con la lluvia
bañado el rostro bello.

¿Conque estas consolada?
Pues déjame, te ruego,
echar mi amante brazo
sobre tu blanco cuello.

¡Qué dulzura! no cabe
en mi amoroso pecho.
Ahora te suplico
con todos mis afectos,

Que no tengas mas pollas
 de tan subido precio,
 que cuesten á tus ojos
 lágrimas, y á mi versos.



ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Distribuyó el P. Navarrete la traducion siguiente en cinco *ODAS*, evitando así la monotonia, que hubiera forzosamente resultado por la uniformidad de la asonancia, colocándola en una sola, la que siendo muy larga, no hubiera podido dejar de incomodar al oido menos delicado. Á todas ellas les formó su remate para que quedasen perfectas. A fin de que estos puedan distinguirse de la traduccion, van colocados entre estrellas.

TRADUCCION

De unos versos de

ANGELO POLICIANO,

EN CINCO ODAS ANACREÓNTICAS.



ODA 1.^a

¡Oh niña! mas suave
que el tierno gazapillo,
y mas que el cortejuelo
que está recién nacido.

Mas blanda que la tela
que en Cea se ha tejido,
y mas que ténue pluma
de nuevos anzarillos.

¡Oh, niña bulliciosa,
aun mas que el gorrioncillo
cuando vuela en verano
por los ramos floridos!

Tambien mas jugueta
 que pequenuelo ardillo
 cuando la virgen blanda
 le dá en su seno abrigo.
 ¡Oh niña, muy mas dulce
 que los panales mismos
 de Hiblea, y que de azucar
 cándidos fragmentillos!

Mas blanca que la leche,
 y tambien mas que el lirio,
 y que nieve formando
 sus primeros armiños.

¡Oh niña!..... * pero basta
 de estos asonantillos:
 vengan otros, porque estos
 me quiebran ya el oído.

Pero vengan con tragos
 de generoso vino,
 que los brios de Baco
 son tambien de Cupido. *



ODA 2ª

No puede Lico, niña,
remedar tus cabellos,
ni aquel pastor Anfriso,
por amor jornalero.

Anfriso, que con gracia,
del uno al otro extremo,
de la frente le bajan
dorados hilos crespos.

Los que con nudos de oro,
aunque se hallan sujetos,
hacen vagar las almas
de cupidos traviesos.

Mil anillos se forman
que con rocío bello,
y con olor de mirra
se llevan los afectos.

¡Oh, niña muy preciosa!
cuyos blandos ojuelos,
son téas luminosas
del interior incendio.

Yo no puedo mirarlos
 de cerca ni de lejos,
 porque con llama oculta
 no se entren en mis huesos.

No, no parccen ojos
 esos tus ojos bellos,
 sino llamas, y llamas
 de un amoroso fuego.

Las que Venus atiza
 con soplo lisonjero,
 y mantiene la gracia
 de tu mirar risueño.

* Dame, dame otra taza;
 mas gústala primero,
 si quieres que me salga
 tu retrato perfecto. *

ODA 3.^a

Tu nariz y mejillas
 de estilo dulce y blando,

¿como el lirio y la rosa
llamarélas acaso?

Tus labiçitos rojos,
de claveles formados,
¿diré que resplandecen
cual coral encarnado?

¿Diré que margaritas
son tus dientitos blancos?
Y de tu lengua dulce
¿qué seguiré pintando?

.
.
.
.

¿Qué diré del oyuelo
de tu barba, torncado,
y de tu blando cuello
como la nieve blanco?

.
.
.
.

¡Oh qué brazos tan dulces!
 ¡oh que agradables manos!
 estas son de la aurora,
 si de Juno los brazos.

.

Tus pies, que me parecen
 los de Tetis, ¡qué pasos
 tan nobles! ¡qué posturas,
 ya quietos, ya danzando!

* ¡Oh! dame, dame, niña,
 dame, dame otro vaso,
 y que siga la fiesta
 entre Venus y Baco. *

ODA 4ª

¡Oh niña! ¡qué agradables!
 ¡qué agudos! ¡qué jocosos

son tus chistes frecuentes,
con gracia y con adorno!

¡Qué dulces consonancias
las de tus versos todos,
que salen de tus lábios
como ámbar oloroso!

Ni la blanda Talía,
ni el mismo sábio Apolo,
que hacen vuelvan los rios
su curso presuroso:

Que ablandan á las fieras,
y atraen peñascos broncos,
igualan á lo dulce
de tus festivos tonos.

Todas tus cosas tienen
mil hechiceros modos:
son dulces, son alegres
en su trato amoroso.

Tienen mil juguetillos
venales en un todo:
tú sola en tí reunes
lo decente y lo hermoso.

¡Oh, poderosa niña!

tu compostura abono;
mas ¡ay! para agradarme
no has menester adorno.

* Echa vino, muchacha,
que aunque ya estoy beodo,
quiero.... quiero mas tragos,
quiero morir á serbos. *

ODA 2.^a

¿Qué dios no te me envidia?
ni ¿qué valor te basta
para dejarme ahora
bellísima muchacha?

Mas, ¿dónde te me ausentas?
¿á donde huyes, ingrata,
alegrando los cielos
con tu risueña cara?

Mi placer, mi dulzura,
mi corazón, mi amada,

mas que el oro y las piedras,
y que la rica grana.

Mas ¿qué digo que el oro,
que piedras, ni que grana?
Tambien mas que mi vida,
muchachita del alma.

Haz memoria, te ruego,
haz memoria y repasa,
el amor halagüeño,
y sus cadenas blandas:

Desde la edad mas tierna
á mí y á tí nos atan.....
mas ¡ay! riendo Venus,
se burla de mis ansias.

* La postrer copa quiero:
¡ay! dámela, muchacha.....
¿Ya ni esto me concedes?
pues, vete enhoramala. *



ODAS

á diversos asuntos.ODA 1.^a*De Dorofila.*

Que en medicitos nuevos
 yo diera á Dorofila
 diez pesos, era fuerza
 de la imaginativa.
 Pero ¿quien pone duda?
 pues los labios de risa
 no son como los sérios
 que dicen mil mentiras.
 ¿Conque diez pesos fueron?
 ¿y en medios de carita?
 ¡oh qué prodigo me hacen
 las muchachas bonitas!

Y qué ¿sin otra causa,
 que por sus caras lindas?
 pero vaya, si es fuerza
 de la imaginativa.

¡Oh cuantas honras me hace
 la bella Dorofila!
 sin duda que en su obsequio
 mi deseo adivina.

Pues vaya recibiendo
 esta graciosa niña,
 no tan solo diez pesos,
 que estas son raterias:

Ciento, mil, un millon,
 y la moneda misma,
 mi alma, y mi vida, y todo
 en medios de carita.

¡Mas ay! mi amor, no obstante
 que entre chanzas se esplica,
 de veras á sus aras
 grato se sacrifica.

Y esto, ni yo, ni Fabio,
 ni Dorofila misma

III.

podrá decir que es fuerza
de la imaginativa.

ODA 2.^a

De la misma.

Después de leer los versos
de una discreta niña,
me acostaba pensando
¿qué le contestaría?

Batió el nimen del sueño
sus alas, y á la cima
del parnaso arrebató
mi dócil fantasía.

Entre la sábia turba
de las canoras ninfas,
sobresale en el canto
una beldad divina.

Pregunto por su nombre;
y el génio de la risa
que inspira en aquel monte
las canciones festivas,

Abre su alegre lábio,
 cuyo aliento suaviza
 el aire, como el ámbar
 que las flores respiran.

Y en un tono brillante,
 cual de una sinfonia,
 me responde: es la bella,
 la musa Dorofila.

Desde que en dulces ocios
 esta preciosa niña
 entre las nueve hermanas
 su grata voz anima,

Parece que con nueva
 alegre lozania
 florecen las alturas
 de esta mansion benigna.

Y Apolo.... el mismo Apolo
 de sus manos confia
 su cítara de oro.

¿Quien será Dorofila?

Yo dije entónces: Vaya;
 pero esas gracias mismas,

si amor no las da el temple,
no lo hará bien la niña.

Yo le canté unos versos
de amor, como por trisca,
versos que nada tienen
de la imaginativa.

Mas ella se hizo sorda:
y mientras la Talía
del blando amor no escuche,
no lo hará bien la niña,

¡Ea! vamos: tú que puedes
influirle con tu risa,
con tu risa agradable
en mi favor mil dichas:

Tú que tan bien te hermanas
de amor con las caricias,
y cantas como á diño
en acordes capillas:

Dile, que entone amores,
y que una cancioncilla
mis afectos la deban,
y lo hará bien la niña.

Entónces despertando
 hallé en el alma mia
 un retrato muy bello.....
 no hay duda, de ella misma.

Ojos, como unos soles,
 como rosas, mejillas,
 lábios, como claveles:
 ¡qué hermosa me la pintan!

Viva, pues, en mi pecho:
 amor la haga que viva;
 aunque diga que es fuerza
 de ardiente fantasía.

Esto contesto ahora
 que el blando amor me inspira,
 despues de leer los versos
 de una discreta niña.

ODA 3ª

El triunfo del amor.

*dirigida al autor de unos versos de
nuestro diario, que se quejaba de la ausen-
cia del sueño, causada por unos celos que
le daba Anarda.*

Hinc tibi cum magna laude triumphus eat.

En alas de la noche,
baja del alto cielo,
baja tranquilo y suave,
almo núnmen del sueño.
Y al lecho del amante,
que con su triste ruego
invoca tus favores,
llega con paso lento.
Llega, y unge piadoso
sus fatigados miembros

del bálsamo agradable
 que refrigera el cuerpo.
Preséntale á sus ojos
 la imágen de su dueño,
 la imágen cariñosa
 que tuvo en otro tiempo.
Haz, como en un encanto,
 que brote su albo seno,
 convertidos en flores,
 agradables afectos
Que luego la fortuna
 los vaya recogiendo,
 y trenze una guirnalda
 para su amante tierno.
Despues, que al coronarlo
 aparezca el dios ciego
 en su triunfante carro,
 y á sus plantas los celos:
Y que mil cupidillos,
 volando por el viento,
 digan *victor*..... y alegre,
victor, responda el éco.

■17.

Y al punto despertando,
el corazon contento,
Anarda le realice
lo que le finja el sueño.
Ea, pues, númen blando,
al poder de sus versos
en alas de la noche
baja del alto cielo.

ODA 4^a

A Fileno.

Solo, Fileno, solo
el pastor de Dorila,
de la escuela de amores
sacó grande doctrina.
Apenas de sus ojos
se le fueron sus dichas,

cuando lógico infiere
 por sus penas las mías.

Desata el triste pecho,
 y al son de una flautilla,
 cual pájaro que llama
 á su ausente avecita,

Entre los muchos ayes
 que de su alma salían,
 los montes repitieron
 estas cláusulas mismas.

”Esta mañana al campo
 ”salió mi bella ninfa,
 ”á tiempo que pudiera
 ”dar á la aurora envidia.
 ”Ya la noche ha llegado,
 ”y aun no viene Dorila....
 ”anda, Dorila, corre,
 ”que muero sin tu vista.
 ”Dioses, si esta es la pena,
 ”que cruel me martiriza,
 ”¿cual será la que siente
 ”Silvio por su Clorila?

- „Clorila ha muchos tiempos
 „que dejó estas campiñas,
 „donde Silvio la llama
 „llorando noche y día...
- „Mas Dorila no viene:
 „dices, traedme á Dorila:
 „y á Silvio también tráedle
 „su tan deseada ninfa.
- „Venid, bellas muchachas,
 „muchachas tiernecitas,
 „que no sufren los que aman
 „ausencias tan prolijas.”
- Así que hubo cantado,
 alternó la voz mía:
 „viva el zagal Fileno
 „al lado de Dorila.
- „Y el numencillo tierno,
 „amor, que así le inspira,
 „cele que no le paguen
 „ofensas por caricias.
- „Antes bien, su graciosa
 „y honrada pastorcita,

»de atrevidos amantes
 »siempre se burle altiva.»

ODA 5.^a

A una inconstancia.

Suspende, fuentesilla,
 tu ligera corriente,
 mientras que triste lloro
 mis ya perdidos bienes.
 ¿Cuántas veces, estando
 en tus orillas verdes,
 Lisi me aseguraba
 su amor hasta la muerte?
 Aquí su diestra mano,
 mas blanca que la nieve,
 en esta arena fragil
 escribió muchas veces:

„Primero ha de tomarse
 „el curso de esta fuente,
 „que el corazon de Lisi,
 „que á su Salicio quiere.”

Mas tus promesas, Lisi,
 no han sido menos leves
 que el papel que escogias
 para firmarlas siempre.

Las letras se borraron
 por los soplos mas ténues
 del viento, y tus promesas
 por lo que tú quisieres.

¡Ay contentos soñados
 de prometidos bienes!
 ¡ay inconstancia propia
 de fáciles mugeres.

Á Lisi cantando.

Salió la hermosa Lisi
 con las demas zagalas
 á cantar dulcemente
 en la nupcial cabaña.

Desata el suave pecho,
 y al compas de sus gracias
 con angélicas voces
 á todas aventaja.

Su enamorado Alejo,
 que está á corta distancia,
 gustoso la dirige
 las siguientes palabras:

”Así, divina Lisi,
 ”haces de tu garganta
 ”un órgano viviente
 ”que cautiva las almas.”

A Clorila,

con unas frutitas de pasta.

Estos pequeños dones
 que la industria fabrica,
 son frutitas pintadas
 con que juegan las niñas.
 Por lo mismo á tus aras,
 graciosa muchachita,
 tu amante zagalejo
 hoy te las sacrifica.
 Recíbelas gustosa,
 que aunque engañan la vista,
 son lisonja del gusto
 con la miel que destilan.
 Llévalas á tu boca:
 á tu boca de almibar,
 donde su ser acaben
 con no pequeña dicha.

Agua se me está haciendo
 la boca, mi Clorila,
 contemplando en la tuya
 las pintadas frutitas.

¡Qué besitos tan moles!

¡Qué blandas mordiditas!

Á la verdad, me siento
 con la mas dulce envidia.

¡Oh si fuesen mis lábios

las pintadas frutitas!

transformacion que pende
 de solas tus caricias.

¡Ay! hazme este milagro,

que por tu boca misma

juro traerte otra ofrenda

de pintadas frutitas.

ODA 8ª

A unos cabellos de Celia.

Lucientes hilos de oro,
 que como hermosos rayos
 fuísteis en otro tiempo
 del sol en que me abraso.

Ahora por efecto
 de amor atais mis manos
 como blandas cadenas,
 ó como dulces lazos.

Dejadme una y mil veces
 cual cautivo besaros;
 y adoraros ruidido
 dichoso amante atado.

¡Oh! quiera el alto cielo
 que interminables años
 duren estas prisiones,
 en que alegre me hallo.

¡Oh cortísima vida
 para un amor tan largo!
 ¡ay! ámame, mi Celia,
 ámame, como te amo.

ODA 9.^a

En celebridad de unos días.

Este don pequeñuelo
 que ofrezco á tus altares
 es prueba de mi afecto
 y de mis cortedades.
 Por ofrenda amorosa
 solo puede aceptarse,
 pues mas que el oro (1) aprecian
 el amor las deidades.

(1) Se alude á una bejaria de oro. A.

Recíbelo, no tenga

amor de que quejarse,
y el gusto de tu día
se le vuelva en pesares.

Entre tanto, los cielos
con influjos suaves
en el abril risueño
que hoy junta tus edades,

Hagan luzcan tus prendas
y gracias naturales,
pimpollos que el invierno
de la vejez no dañe:

¡Ay! guárdente los cielos:
¡ay! para mí te guarden;
si acaso te merece
tu mas rendido amante.

El día de Clara.

Dando vueltas los cielos, llegó el día
De la zagala hermosa,
Á quien de Clara el nombre convenia.
¡Oh mil veces dichosa
La edad que la merece,
Y que á sus blandas luces resplandee!

Salve, ninfa, y la tierra enternecida,
Que con tus plantas huellas,
Mil guirnaldas te ofrezca agradecida,
Para tus sienes bellas;
Desparramando olores
Á la que es como reina de las flores.

Salve, mil veces, y el alegre coro
De voladoras aves'

Repitan con el canto mas sonoro

 Mi amor y metros suaves;

 Saludando á la aurora,

En la que es por sus gracias mi señora.

Salve, vuelvo á decir, y á mi deseo

 Corresponde constante

En los amables lazos de himeneo.

 ¡Oh venturoso instantel!

 Llega, que tu alegría

Me hará de Clara mas glorioso el día.



ODA 12ª

Á Clori en el lecho.

Deja tu lecho, zagaleja mia,
 Tu dulce lecho dó en quietud reposa
 El albo cuerpo como suave rosa,
 Que embalsama la fértil pradería.
 Ya que empiezan sus varias tonadillas

Las avecillas,
 Y embia el cielo
 Su luz al suelo,
 Tu lecho deja,
 Mi zagaleja,

Por venir á coger tempranas flores
 Al lado del zagal, que es tus amores.

Sus alas agradables manso el sueño
 Levante de tus párpados preciosos,
 Y brillen tus ojuelos luminosos
 Como la luz del día mas risueño.

Tu boca de claveles carmesies,

Ó de alclíes

Bosteze, dando

Aliento blando:

Así la rosa

Muy olorosa,

Abre su copa de encendida grana
 Al despertar con risa en la mañana.

Tu mano me darás, que la floresta
 Te aguarda ansiosa, desparciendo olores,
 Y una turba de pájaros cantores
 Ofrece á tu llegada alegre fiesta.

Saldrán del río por besar tus huellas

Nayades bellas,

Napeas hermosas,

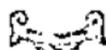
Tirando rosas
 Irán delante:
 Y en el instante

Que llegues al umbral del bosque denso
 Las Driadas quemarán sagrado incienso.

Mas ¡ay, mi zagaleja! ¿por qué tardas?
 ¿Por qué tardas? ¡ay! dímelo. ¿No vienes?
 ¿Por qué causa enemiga te detienes?
 ¿Mi lulo no te ofrezco? Pues ¿qué aguardas?
 ¡Ay zagaleja, como piedra, dura

Á mi ternura!
 Ya desespero:
 Sacó primero
 El sol su cara,
 Que me alumbrara,

Siquiera para alivio á mis ojos,
 La alegre luz de tus risueños ojos.





ODA 13^a

EL VERANO.

¡Oh que alegre estacion la del Verano,
Que brinda flores por el verde llano!

Se fué el invierno
áspero y triste,
sus galas viste
el campo tierno:

Los mansos vientos
soplan suaves,
cantan las aves
dulces acentos:

Las florecillas
vienen corriendo
salen riendo
las florecillas.

¡Tierra dichosa!
si á tí viniere
Anarda, y viere
tu pompa hermosa,

Pon en su frente
ramo vistoso,
el mas gracioso,
y floreciente.

¡Oh si viniera
al verde llano!
dulce verano,
la persuadiera

Á sentarse en la alfombra de estas flores
Al lado del zagal, que es sus amores.





ODA 14.^a

EL ESTÍO.

De doradas espigas coronado
El Estío se asoma en el sembrado.

Ya se preparan
las labradoras,
haces empuñan,
las mieses cortan.

De la alma Ceres
que el campo adora
tiran los bueyes
grandes carrozas:

Alegre canta
 la vega toda,
 salve le dice,
 con voz sonora.

Trojes se llenan
 eras se colman,
 y huyen las hambres
 de nuestras chozas.

Anarda, Anarda,
 bajo estas sombras
 á Pan le deja
 tus cabras gordas

Mientras que al baile
 vamos ahora
 de la cosecha:
 verás que gloria.

Verás los ricos granos con que el cielo
 Ha socorrido al miserable suelo.



ODA 15.^a

EL OTOÑO.

Mira, Anarda, al Otoño, que cargado
De frutos viene á nuestro suelo amado.

Aquí, te sienta,
zagala mia,
dó alfombra te hacen
las yerbecitas.

Mira, ya viencu
las gratas ninfas,
que de Pomona
el huerto aliñan.

¡Cuan aseadas
 sus canastillas
 colmadas traen
 de frutas ricas!

Uvas ¡qué gruesas!
 peras ¡qué lindas!
 mira ¡qué hermosas
 están las guindas!

¡Eh! ¡qué manzanas
 tan encendidas!
 y ¡qué naranjas
 tan amarillas!

Gustemos ambos
 sabrosas dichas,
 que en tantos dones
 el cielo envía:

Y nuestra voz se cleve al núnmen santo,
 Que en el Otoño nos regala tanto.





ODA 16ª

EL INVIERNO.

Llega del año la estación severa,
 Y de la tierra toda se apodera.

Nublado el cielo,
 mudas las aves,
 los hielos graves,
 y místico el suelo:

Nuestro ganado
 de temor lleno,
 busca entre el heno
 su abrigo amado.

¡Qué poco, Anarda,
 el gusto dura,
 pues la amargura
 tras él no tarda!

¿Dó están las flores
 de primavera?
 ¿dó la ligera
 edad de amores?

Nada resiste
 la ley del tiempo,
 ni el contratiempo
 del hado triste.

¿Pues qué esperanza
 ahora abrigamos,
 por si llegamos
 á tal mudanza?

La virtud solamente, Anarda mía,
 Puede valernos en la vejez fría.



LETRILLA.

A los canaritos de Lisi.



Pues la bella Lisi
 os lleva el compas,
 tiernos canaritos,
 alegres cantad:
 Cantad, y en su escuela
 os aprovechad:
 ¿dónde habreis fortuna
 al intento igual?
 Su albo pecho tiene
 voz angelical,
 que siempre divierte;
 y cansa jamás.
 Ya un hermano le diga
 al ciego rapaz,
 ya zelos, ya ausencia
 se ponga á cantar.

Ya en módulo alegre
 de fiesta nupcial,
 ya en fúnebre tono
 que incite á llorar.
 Como quiera suena
 su voz celestial,
 que siempre divierte;
 y cansa jamás.
 Cuando á la jaulilla
 dó alegres estais
 cautivos, se acerca,
 y leccion os da,
 Otros pajárillos
 quisieran trocar
 por prision tan dulce
 toda libertad.
 Y así, canarillos,
 alegres cantad,
 pues la bella Lisi
 os lleva el compas.

LETRILLA.

Á Lesbia.

Id, vercillos dulces,
 á las manos albas
 de la niña Lesbia,
 que gustosa os llama.

Daros es que quiere
 tonadillas blandas
 en órgano ebúrneo,
 tal es su garganta.

Cuando esto sucede
 entónces habladla:
 decidla que tenga
 compasión de mi alma.

¿Y si esto la irrita?
 ¡buena va la danza!
 ¿que importa que os eche
 muy enhorramala?

Si ella fuera prieta,
 coja, tuerta, ó manca;
 pero si es honita....
 que no os pese: basta.

Tres juguetillos á Clorila.

JUGUETILLO 1º

Arroyuelo,
 que camines
 á la aldea
 de Clorila:
 Corre, corre,
 dila, dila,
 que la adora
 la alma mia.
 Está ahora
 en su orilla,
 tras sus blancas
 corderitas,

Ó cortando
 clavellinas
 con las otras
 pastorcitas,
 Ó asomando
 sus mejillas
 en tus aguas
 cristalinas:
 Corre, corre,
 dila, dila,
 que la adora
 la alma mia.

JUGUETILLO 2º

¡Ay Clorila!
 tus ojuelos
 son imanes
 de mi afecto:
 Son estrellas
 de tu cielo,

146.

que me envían

dulce fuego:

Son antorchas

de amor tierno,

que se ceban

en mi pecho:

Son divinos

tus ojos:

son imanes

de mi afecto.

Si están tristes

son muy tiernos;

y si alegres

muy risueños:

Si se enojan

son severos:

si acarician

halagüeños.

Son graciosos:

son parleros:

son imanes

de mi afecto.

JUGUETILLO 3.º

Mira, Clori,
 dos amantes
 inocentes
 tiernas aves:
 En la copa
 de aquel sauce
 mil cariños
 ya se hacen.
 Con piquillos
 muy süaves
 ya se inclinan
 á besarse.
 Mas ¡ay, Clori!
 que esta imágen
 á los ojos
 agradable,
 El veneno
 nos persuade

148.

con instancias
amigables.

¡Ay! huyamos
de este valle,
no su incendio
nos alcance:

Y en nosotros
sea culpable
la inocencia
de las aves.

.
.
.
.

De esto, Clori,
no se hable,
que eres niña,
y esto baste.

Á Dios, Clori,
que la tarde
ya me obliga
á dejarte.

CERTÁMEN

SOBRE UN LIMON,

Para que canten las niñas

CELIA, Y LISI.

CELIA.

Dame el limon que ha sido
del dueño que amo,
los olores son suyos,
mas no los agrios.
No me lo niegues,
pues los zelos conoces
de las mugeres.



LISI.

Alejo el zagal mio
 lo dió á mis aras,
 como holocausto tierno
 de toda su alma:

Y no se pueden
 enagenar las cosas
 del que se quiere.



CELIA.

El limon fué primero
 del bien que estimo,
 y aunque el uso concedo,
 mas no el dominio:

Yo sola puedo
 dominar en las cosas
 del bien que quiero.



LISI.

Tomá el limon, y advierte
 que es amarillo,
 color que simboliza
 fatal olvido:

Cosas no quiero
 que olvidos me predigan
 del dulce Alejo.



CELIA.

Dácalo, Lisi: y mira
 como resalta
 entre amarillo de oro,
 verde esperanza:
 ¡Oh, dulces prendas,
 que de Fidelio dicen
 tanta firmeza!



LAS DOS.

Celia y Lisi tengámos
 de amor por triunfo:
 tú, el uso del derecho,
 yo, el uso-fructo:
 Solo amor puede
 para contiendas tales
 darnos sus leyes.

*Varios versos boleros.*

I.

No pases por los campos
 del amor, niña,
 porque mas que las rosas
 son las espinas:
 Espinas crueles,
 que punzan en el alma
 de quien bien quiere.

II.

Siento dentro del alma,
 cuando te miro,
 del niño mas travieso
 saltos y brincos:
 Amor te tengo,
 y aunque lo pongo en juicio
 es muy travieso.



III.

Un Cupidillo tengo,
 que si te miro,
 al instante me llora
 por ir contigo:
 Su llanto enjuga,
 y de tu blando pecho
 hazle la cuna.



IV.

Dorados alfileres
 Celia me ha dado,
 y me afianza con ellos
 como con clavos:
 Mi alma los sufre,
 como suaves arpones,
 ó flechas dulces.



V.

Al cesirte la frente
 de flores varias,
 los pájaros alegres
 te saludaban:
 No de otra suerte
 que al alba cuando asoma
 por el oriente.



VI.

Alégranse los campos
 cuando se asoma
 al balcon del oriente
 la blanca aurora:

Así se alegran
 mis ojos cuando asomas
 tu cara bella.



VII.

Cuando el sol con su manto
 la noche cubre,
 lloran tristes los campos
 sus bellas luces:

Del mismo modo
 lloro cuando se ausentan
 tus bellos ojos.



VIII.

De un desden se quejaba
 el amor tierno;
 pero halló en tus cariños
 dulce remedio:
 ¡Divina mano
 la de Celia! parece
 que hace milagros.



IX.

En el crisol ardiente
 de tus enojos,
 mi cariño se prueba
 cual suele el oro:
 Propio es de amantes
 apreciar el cariño
 por los quilates.



X.

Un amante que en sueños
 tiene sus gozos,
 diga que lo mantienen
 consueños bobos:
 ¡Triste del dueño
 que me sueña en sus brazos!
 ¡qué verde está eso!



XI.

Cuando creíame Celia
 que yo la amaba,
 tuvo la fantasía
 muy inflamada:
 Como la novia
 que sueña estar en cinta,
 y no hay tal cosa.



XII.

Ciertos amantes rondan
 á una doncella:
 me parece una rosa
 llena de avejas:
Dentro de breve
 la dejarán marchita,
 como hacen siempre.



XIII.

Á Venus se ha escapado
 su hermoso niño,
 y de hallazgo tres besos
 ha prometido:
Aquí en mi pecho
 lo hallarás, Venus: dame,
 dame los besos.



XIV.

Entre chanzas me tira
amor sus flechas:
si tales son sus chanzas
reniego de ellas.

Aparta, aparta,
porque tus chanzas, niño,
son muy pesadas.

XV.

Dame flores que á Venus
se le dedican;
pero mira no tengan
ninguna espina.

Milagro fuera,
cuando siempre han estado
de espinas llenas.

XVI.

Cuando miro dos niñas
que se cortejan,
me parece que miro
farsa chinesca:

Donde las sombras
hacen veces de amantes
unas con otras.

XVII.

El amor me halagaba
como por trisca,
me halagaba con flores
llenas de espinas:

Y desde entónces,
herido de sus puntas,
no quiero flores.

XVIII.

Enfermósele á Venus
 de ético su hijo;
 pero mientras mas mama,
 mas llora el chico:
 Venus entónces
 le dice: mama, mi alma,
 mana y no llores.

XIX.

Cierta niña rodeada
 de mil cortejos,
 es carne en garabato
 segura de ellos:
 Donde, si acaso
 la huelen, no la comen
 los pobres gatos.

XX.

El amor disfrazado
 en tierno niño,
 pidióme que en mi pecho
 le diera abrigo:
 Luego se torna
 en una como llama
 que me devora.

XXI.

Niña, tu flor esconde
 de amor astuto,
 mira que tras las flores
 quiere los frutos:
 Y con el tiempo
 ni estos le satisfacen,
 que es mal contento.

163.

XXII.

Al amor ya no pintan
de ojos vendados,
carcax sobre los hombros,
flecha en las manos:

Ahora lo pintan
ofreciendo á las damas
lazos y cintas.



XXIII.

La muger me parece,
en ocasiones,
gato que en casa agena
busca ratones:

Sin otra causa
que porque á nadie gusta
lo de su casa.



CUARTETAS.

Retrato de Celia.

Por milagro del amor
 que á tu beldad me sujeta,
 Celia hermosa, ya de poeta
 me he transformado en pintor.

Copiaré, pues, tu belleza
 en cuanto esté de mi parte,
 consultando mas que al arte
 á la fiel naturaleza.

Lo apacible de la luna,
 cuando sus cóncavos llena,
 para tu frente serena
 es cosa muy oportuna.

Con risueños arreboles,
 y con luz graciosa y clara,

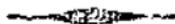
en el ciclo de tu cara
por ojos pinto dos soles.

Pongo en tus tiernas mejillas,
de carmin tirio bañadas,
con azucenas mezcladas
encendidas maravillas.

Tus lábios como rubies
ya dibujo; aunque contemplo
que hacen mas vivo el ejemplo
los claveles carmesies.

Tu cuello..... mas la pintura
dejo aquí, por preguntarte
¿como, si puedo pintarte,
no conozco tu hermosura?

Dame respuesta: y yo fiel
en tan precioso diseño,
ejerceré, dulce dueño,
lo que le resta al pincel.



Continuacion.

Sigo pintando tu hermosa
 imágen, divino dueño,
 por ser de tu gusto empeño
 de ocupacion tan gloriosa.

Ya de tu cuello reclama
 al pincel tanta blancura,
 que ponga en él nieve pura,
 donde amor temple su llama.

El mismo amor, si reflejas,
 verás que cual otro Marte,
 arcos y flechas reparte
 entre pestañas y cejas.

Recta la nariz sutil
 defiende á tus dulces ojos
 de no medidos arrojos,
 cual muralla de marfil.

Tus manos, cada una de ellas,
 para poder figurarla,

es necesario pintarla
con cinco azucenas bellas.

Tu pecho lo he de pintar
templo, en que los corazones
ofrecen sus libaciones
de amor en el sacro altar.

Lo que me falta prometo;
esto es, la alma del retrato:
la pintaré en otro rato
que lo permita su objeto.

Ahora parece que no,
porque al dar honesto un beso
á imágen tanta, confieso
que no sé como me vió.



Conclusion.

Á la imágen corporal,
que retórico el pincel
ha trasladado al papel,
se sigue la espiritual.

Con esta noble porcion
 tu retrato concluiré,
 y de todo sacaré
 motivos de adoracion.

De su infinito tesoro
 pródiga naturaleza
 dió gracias á tu belleza
 esmaltadas de decoro.

Memoria dió á tu beldad,
 dióla un claro entendimiento,
 la dió un blando sentimiento
 en su tierna voluntad.

¡Oh, cuan grande es tu hermosura
 con tan inmenso caudal!

¡oh precioso original,
 que ha copiado mi pintura!

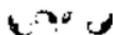
Bien, ó mal concluido estás,
 ¡ó retrato! por espejo
 ve á mi dueño, aunque reflejo
 lo muy deforme que vas.

Mas le lleva un dulce beso,
 y otro, y otro, y ciento, y mil:

169.

¡ay! no me culpes de vil
por un amoroso esceso.

¿Te ofendo, mi dueño? ¿dí?
¿te hago injuria? ¿te hago agravio?
¡ay! sacrilego mi lábio
me saca fuera de mí.



ROMANCE.

Carta amorosa.

Regalado Naramío

tu carta recibí, á tiempo
que en visita ayer estaba
cierto bicho algo travieso.

Comuniquéle su asunto,
con todo lo mas secreto

de este triste corazón,
 dó cual ídolo te tengo.

Y él, como á las musas trata,
 que en amorosos empeños
 son oráculos de amantes,
 é intérpretes de cortejos,

Prometióme invocaría
 á todo el coro noveno,
 para responder tu carta
 en estos que él llama versos:
 Conque en breve instante dióme
 la fortuna un gran sujeto,
 un *secretario* versista,
 ó lo que llaman *tercero*.

Impuesto ya en el asunto,
 dice por mí, como el eco
 de mi voz, cuantas cosillas
 mi boca le fué diciendo:

¡Ay ausente Naramío!

¿qué importa, querido dueño,
 que el destino nos separe
 con mil mundos de por medio?

¿Qué importa, si vuestras almas,
 con vínculo el mas estrecho
 unieron á par de amantes
 sus recíprocos afectos?

En vano el terrestre globo
 se opone al rayo febeo,
 pues en la luna miramos
 sus apacibles reflejos:

En vano pues se interpone
 la ausencia, cuando contemplo
 en mi memoria el retrato
 del sol hermoso que quiero:

Y dulcemente inflamada
 con mil gloriosos recuerdos,
 te estoy viendo Naramío,
 acá en lo mejor del pecho.

Acá, donde arde la llama
 del casto amor que te tengo;
 sagrada llama que atiza
 la esperanza de himeneo.

Acá..... pero Naramío,
 ¿qué dices, mi bien? ¿qué es esto?

¡á donde me lleva, á donde
me arrebatá mi deseo?

Desde que el ciego destino
me trajo por un desierto
á esta ciudad de Celaya,
que yo nombro mi destierro:

Desde que no me reclino
en esos tus brazos tiernos:
desde que no te hace un blando
reclinatorio mi pecho:

Desde que tu voz no escucho,
cual la de grato instrumento
animado al suave impulso
de algun profesor maestro:

Desde que yo no te arrollo,
cual á un albo pichonzuelo
la cándida palomilla,
haciéndote mil estremos:

¡Ay! no sé como explicarte
las congojas que te ofrezco,
los suspiros que te mando,
las lágrimas que te vierto.

¡Oh! así paso el claro día,
 y cuando el nocturno velo
 cubre el orbe, y los mortales
 se dan al triste silencio,

Entonces crecen mis ansias,
 crece entonces mi tormento,
 levantando de mis ojos
 sus blandas alas el sueño.

Tal vez entonces te miro
 en un fantástico vuelo,
 haciéndome mil cariños
 que te correspondo luego.

Tal vez que de mí olvidado
 vas en pos de otros luceros,
 y que..... pero luego apago
 las llamaradas del celo:

Que como yo no te olvido,
 por un imposible tengo
 que desprecies mis caricias
 por halagos de otro dueño.

Se vá la noche, y el alba
 me levanta de mi lecho,

dejado en él las reliquias
de mi llanto, que es eterno.
Esta es mi vida, entretanto
ausente estoy de mi cielo:
¡Qué distinta á la que tuve
pendiente de tu albo cuello!
¡Oh gracioso Naranio!
correspóndele su afecto
á tu Rosena infelice.....
¿qué mas? basta, que no hay tiempo.
Á mas de que el secretario
dice, que ya suena hueco
el órgano de su musa,
y podrá cascarse presto:
Pues pulsada cada instante
la tecla de amor, primero
le habian de faltar las flautas,
que á las mugeres requiebros.



ROMANCE.

A los dias de un amigo.

Para celebrar los dias
 del amigo que mas quiero,
 préstame tu lira, Apolo,
 y díctame hermosos versos.
 Vamos, comiénczame á dar
 una luz de tanto fuego;
 así de Dafne consigas
 de tus amores el premio.
 Qué ¿no lo haces? pues permíta
 Júpiter que en el Penéo
 para tus sienas no halles
 ni siquiera un ramo seco.
 De esta suerte, amigo mio,
 hablo con el dios de Delfos;

y al fin de todo, no valen
ni maldiciones, ni ruegos.
Sin duda que no me hallo,
para el caso bien dispuesto:
esto es, con la fantasía
templada al uso del tiempo:
Que produjera mil flores,
quemando vanos inciensos,
y ofreciera en tus altares
la lisonja y fingimiento.
Mas ¿qué importa, dulce amigo,
el que Apolo me haga gestos?
¿sabes tú que yo te estimo?.....
pues á Dios, que todo está hecho.



DÉSPEDIDA.

Me voy, me aparto, me ausento:
ya te lo dice mi llanto:
te quedas, lo siento: ¡ay cuanto!
¡ay cuanto, mi bien, lo siento!



GLOSA.

Me salgo fuera de mí
 al reflexionar llegó
 el día en que el hado falló,
 que me apartase de tí:
 Mas si lo dispuso así,
 ¿por qué resistirme intentó?
 ¿no hay remedio? pues aliento,
 á Dios, á Dios, alma mia,
 que ya de tu compañía
me voy, me aparto, me ausento.

El amor en tal estrecho
 qué hacer confuso no sabe,
 y el dolor apenas cabe
 en los límites del pecho.

Ejemplo de males, hecho
 á los golpes del quebranto,
 siento el ausentarme tanto
 de tus luces refulgentes,
 cuanto en idiomas corrientes
ya te lo dice mi llanto.

Á Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!
 de nuevo el miedo me asalta:
 me falta el valor, me falta
 para ausentarme el aliento.

Cadáver vivo me siento:
 mas ¡qué mucho? no me espanto,
 si dejo en tí gusto tanto,
 tanto bien y tanta gloria,
 que aunque vas en mi memoria,
te quedas: lo siento: ¡ay cuanto!

Pero tú ¿qué lloras? no
eclipses ástros tan bellos,
que no es justo paguen ellos
lo que es fuerza sienta yo;
Mas si el amor nos unió
con su propio ligamento,
nuestro duro apartamiento
es bien sientas por tu parte,
que yo tambien el dejarte
¡ay cuanto, mi bien, lo siento!



DÉCIMAS.

*A Filis**en el campo. (1)*

Oye, Filis, lo sonoro
 de melodiosas cadencias
 que en acordes competencias
 trina ya el volante coro:
 Cada pájaro canoro
 parece que está apostando,
 y su piquillo variando
 va con tan grato primor,
 que un órgano volador
 se está en el aire escuchando.

(1.) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho de que reir; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo. A.

Mira tantos nacimientos
 de arroyuelos, cuya plata
 zuzurraudo se desata
 por esos valles sedientos:
 Con uniformes acentos,
 y compases distribuidos,
 van quedando suspendidos
 de sus músicos rumores,
 hasta que en cana de flores
 se quedan como dormidos.

Mira la hermosa arboleda
 de verde pompa vestida,
 y como que nos convida
 á pasear por su alameda:
 Alegre el ánimo queda
 respirando la frescura
 con que brinda la espesura
 de los árboles, que son,
 ya un toldo, ya un pabellon,
 á tu divina hermosura.

Mira cuantos animales,
 en cuyas pintadas pieles
 se esmeraron los pinceles
 y dibujos naturales:

Tras de ellos van los zagales
 tañendo y cantando amores:
 así tienen por mejores
 su libertad, su cabaña,
 que aquel fausto que acompaña
 á las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
 de un verde que por los ojos
 se entra á quitar los enojos
 de la alma mas aflijida:

En ella la comalida
 oveja puede encontrar
 cuanto tenga que desear:
 la mesa para comer,
 el campo para correr,
 lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado
ando el campo y sus florestas
en las mañanas y siestas
libre de todo cuidado!

Ahora siéntate en el prado,
á la orilla de esta fuente;
aquí, Filis, mutuamente
nos harémos mil amores,
y con guirnaldas de flores
nos ceñiremos la frente.

DÉCIMAS.

*En la destruccion
de unos papeles amatorios.*



¿De qué me sirve, papeles,
hijos de un bastardo amor,
veros con tanto favor,
si vosotros sois crueles?
Ingratos sois, sois infieles,
heredando el ser tiranos;
mas yo haré que vuestros vanos
y falsos prometimientos
sean en menudos fragmentos
el despojo de mis manos.

Confieso fuisteis amigos
 en amorosos cuidados;
 mas ya del todo volteados
 sois tenaces enemigos;
 De mi deshonra testigos,
 vergüenza me da teneros,
 pues mirándome severos,
 sin que el corazón resista,
 me haceis gustar por la vista
 los acíbaros mas fieros.

Así, pues, os he de hacer
 pedazos, porque á mis ojos
 no sois mas que unos despojos
 de un ingrato proceder.....

Mas no esto solo ha de ser:
 aun mas teneis que sufrir....
 al fuego, al fuego habeis de ir,
 que pues fuego el ser os dió,
 fuego ha de ser, y no yo,
 el que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡qué horror!
 de vuestras llamas las lenguas
 al padecer tantas menguas
 dicen ser fuego de amor:

Cuyo escaso resplandor
 como un día viene á ser,
 con que yo consigo ver
 mi oscuridad disipada,
 y que en breve instante es nada
 el amor de una muger.

Ceniza os contemplo ya,
 y aunque tan yerta y tan fria,
 mañana, ó en otro día,
 tal vez resucitará:

Mas no, que el viento será
 vuestra total destruccion....
 en alas del aquilon
 volad, pues, y que él os lleve
 á cubriros con la nieve
 de la mas cruda region:

Y mientras dé mi presencia
su furor os arrebatá,
la memoria que os combata
con golpes de la esperiencia:
Que aun en tan frágil potencia
teneros no es permitido,
y es remedio conocido
para un amoroso daño,
que lo lleve el desengaño
al sepulcro del olvido.



DÉCIMAS.

*A una Señorita que cogió la mania
de pedir versos al autor.*



¿Versos quieres? un pie está:
no tiene el *segundo* pero:
¡qué fluido salió el *tercero*!
cata una *cuarteta* ya.
Este es el *quinto*: alla va
brincando el *sesto*: ¡qué tal?
no salió el *séptimo* mal:
este es el *octavo*: ahora
sobre el *nono* vé, señora,
una *décima* cabal.

¿Quieres otra mejor que esta?
 ¿y de qué saldrá mejor?
 ¿quiérsela, mi bien, de amor?
 sin tí no se hará la fiesta.
 ¿De *zelos*? pero me cuesta
 muy caro este mal por tí.
 Vaya de ausencia ¡ay de mí!
 que me dá tantos enojos,
 porque no miro tus ojos:
 cata otra *décima* aquí.

Vaya de *amor*, porque toda
 el alma te sacrificas,
 cuando entre chanzas te esplica
 que entre veras me acomoda.
 Desde luego que la boda
 no permitirá tardanzas,
 si á las dulces esperanzas
 propicia correspondieras,
 haciéndose amor de veras
 el amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabo,
 hallo por modos diversos,
 que es muy facil hacer versos
 de estos, de que no me alabo.
 De ser tu amoroso esclavo
 sin duda me alabaria:
 y creo te pareceria,
 si no me engaño, mejor
 el acento de mi amor,
 que la voz de mi Talía.



DÉCIMAS.

A mi corazon.

Corazon, corazon, dí
 ¿qué sientes, dí, corazon,
 que con recia pulsacion
 salirte quieres de mí?

Mas ya la causa advertí,
 y creo no ser desacierto,
 porque quedando yo yerto
 de una pena tan tirana,
 tú por irte con Rosana
 salir quieras vivo ó muerto.

Razon tienes, corazón,
 que supuesto ella es tu dueño,
 procuras el descumpeño
 de tu dulce obligacion:

Ve pues, dile la ocasion
 tan penosa en que me ves,
 y te encargo que despues
 á sus pies sirvas de peana,
 porque es justo que Rosana
 tal peana tenga á sus pies.

DÉCIMA.

*A Lisi**por el fuego que le salió á la boca.*

Ese fuego es prueba clara,
que ya de tu amor tenemos,
¡ay Lisi! y por lo que vemos
siempre el mal sale á la cara:
Y cuando á todos declara
de tu interior la pasión,
se convence la razón,
con atención á que vale
decir, que á los labios sale
lo que está en el corazón.



DÉCIMA. (1)

A unos ojos.

Cuando mis ojos miraron
 de tu cielo los dos soles,
 vieron tales arboles
 que sin vista se quedaron:
 Mas por ciegos no dejaron
 de seguir por sus destellos,
 por lo que dueñete de ellos,
 que aunque te causen enojos,
 son girasoles mis ojos
 de tus ojos soles bellos.

(1.) Esta produccioncilla fué el primer gorgojo de mi musa. A.

DÉCIMA.

En una ausencia.

Las lágrimas que encerrais
 ¿para cuando, ojos, queréis?
 Si á vuestra Filis no veis,
 ojos, ¿por qué no llorais?
 Mas ya el descargo me dais
 formando copiosos rios:
 llorad, pues, tantos desvios,
 llorad ausencias fatales,
 llorad, llorad tantos males,
 llorad, llorad, ojos míos.

DÉCIMAS.

El amor Carmelita.

Empeñado en la hermosura
de Nise, el amor un día
su retrato disponía
en retórica pintura.

Mudar quiso de figura
para la vez de pintor,
y por singular favor
con su madre solicita
lo transforme en Carmelita.
¡Qué lindo que está el amor!

¿Conque á mas de niño, loco?
pues si se viera á un espejo,
sin tener trazas de viejo
él mismo se hiciera el Coco:

Cuando su capricho toco,
 en discursos me desvelo,
 preguntando al diosezuelo
 ¿qué hado siniestro le apura,
 á que pinte la hermosa
 vistiéndose de Carmelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero
 una belleza sin par,
 es lo mismo que jugar
 á las damas del tablero?

Ó ¿qué piensa el dios certero,
 que esa tu cara divina,
 miniatura peregrina
 de raros modos y nuevos,
 es arroz, pescado, luevos,
 ú otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta
 el amor en su aparato.
 ¡Qué lindo salió el retrato!
 de su original, afrenta.

¿Y así Nise está contenta?....

Esto es lo que mas me irrita.

Por tu cara tan bonita,

Nise, ruégale al amor,

que cuando haga de pintor

no se meta á Carmelita.



QUINTILLAS.

Duda amorosa.



Si por una cosa rara
 dos corazones tuviera,
 en uno Filis entrara,
 en otro á Dóris pusiera,
 y así á las dos contentara.

Pero si uno solo tengo
 no podré darlo á ninguna,
 porque luego me detengo
 en que si lo doy á la una,
 al rigor de la otra vengo.

Darlo á las dos es buscar,
 si se examina despacio,
 guerra en que siempre han de estar;
 porque en un solo palacio
 dos no pueden gobernar.

Que hacer en tal confusion
 no alcanzo; mas si supiera,
 que no habia de haber cuestion,
 sin duda á cada una diera
 la mitad del corazon.

Así una vez discurría:
 y amor que en mi pecho estaba,
 en lo interior me decía:
 que si á dos darlo pensaba,
 á ninguna lo daría.

Que es ley la mas oportuna;
 aunque de un tan ciego dios,

que se quiera á sola una;
 porque aquel que quiere á dos
 no quiere bien á ninguna.

Luego el corazon le dí
 á Dóris; y mal pagado,
 al punto me arrepentí,
 de que no le hubiera dado
 á Filis: ¡Triste de mí!

ENDECHAS REALES.

Á un canarito de Celia.



¡Ay, pobre canarito,
 Que con flébiles ayes
 Llamas al dulce dueño
 Que te llevó la muerte inexórable!

¡Ay triste, y como llenas
 De suspiros los aires
 Que volverte no pueden
 Á nueva vida la consorte amante!

¡Ay! como representan
 Tus lúgubres cantares
 El amor que perdiste,
 Amor difunto que en la nada yace.

Suspende de tus quejas
 Los fúnebres compases,
 Con que á llanto provocas
 Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
 Los sabrosos instantes
 Que en el mullido lecho
 Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura
 De tu dueño olvidarte,
 Y sea total remedio
 Para tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
 Movida á tus pesares
 La ternura, se empeña
 Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
 Sus oficios tan grandes
 De ternura, con quiebros
 Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
 Te presenta! ¡Qué talle!
 ¡Qué ebúrneo su piquillo!
 ¡Qué pintado, y qué muelle su plumage!

Llévala al dulce nido,
 Que puedo asegurarte
 Que todos serían gustos,
 Pues de los muertos no hace aprecio nadie.



DOS TRADUCCIONES

DE UNOS VERSOS DE GALO.

PRIMERA.



Lidia bella, muchachita blanca
 Mas que leche y que cándido lirio;
 Mas que rosa, que es alba entre rubia,
 Y que indianos marfiles bruñidos.

Muchachita, desata, desata
 El trenzado de esos cabellitos
 Para ver en tus cándidos hombros
 Hilos de oro luciente esparcidos.

Sus estrellas me muestren tus ojos,
 Y sus cejas en forma de arquiteos;
 Y tambien tus mejillas me muestra,
 Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus labios corales,
 Y me dá cual paloma besitos:
 Una parte de mi alma te llevas:
 Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?
 Tapa, tapa tu blanco pechito:
 Ese pecho, muchachita, cubre,
 Que se enyema del nectar ungido.

Cinamomo se esparce en tu seno:
 El placer se suscita contigo:
 Tapa, tapa tu pecho amoroso
 Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo
 Mis amores? cruel eres conmigo.
 Muchachita, qué ¿así me abandonas
 Casi muerto, y á tus pies rendido?



SEGUNDA.



Lidia hermosa, mas alba
que la leche y que el lirio,
mas que la rosa que une
lo blanco y lo encendido.
Mas que el marfil que aprecian
los orientales indios,
y que por diestra mano
resplandece bruñido.
Esparce, niña, esparce
tus rubios cabellitos,
y que en tus hombros vaguen
como dorados hilos.
Denme luz las estrellas
de tus ojos divinos,
y de tus cejas negras
me muestra los arquitos.

Tus mejillas rosadas,
 que en púrpura de Tiro
 recibieron lo rojo,
 déjame ver, te pido.

Llega acá con tus lábios,
 tus lábios coralinos,
 y dame cual paloma
 muy sabrosos besitos.

Una parte de mi alma
 te llevas; y percibo
 al tiempo que me besas,
 el corazon herido.

¿Por qué, por qué me dejas
 de este modo, bien mio?
 Ese pechito esconde
 de nectar comprimido.

En tu seno conduces
 cinamomo esparcido,
 y manan de onde quiera
 los placeres contigo.

Esconde, niña, esconde
 tu nevado pechito,

porque todo me quemo
 con cuanto en este miro.
 Qué ¿no ves lo que paso?
 tirana eres conmigo.
 ¿Casi muerto me dejas,
 cuando por tí suspiro?



EPIGRAMA

Del Amor arando.

*Traducido del idioma griego al latino, y de
este al castellano.*

El rapaz cupidillo
 dejando el arco de oro,
 pone oportunamente
 la alforja sobre el hombro.

Arroja la hacha ardiente,
coge el callado corvo,
y unce los mansos bueyes
bajo del yugo tosco.

Con mala fé á la tierra
da la semilla, y pronto
dijo, alzando la vista
al estrellado polo:

Haz, ó Júpiter sumo,
este campo abundoso;
si no haré que bajando
de tu luciente trono,

Lleves el yugo infame,
(otra vez como toro)
de Europa, que sin duda
es yugo el mas gravoso.



PARÁFRASIS

Del mismo Epigrama.

De los cándidos hombros abajaba
 El dorado carcax amor un día,
 Y en su lugar ponía
 La alforja que á propósito llevaba.
 Ygualmente arrojaba
 La abrasadora tea
 Y el grosero cayado apercibia.
 Y á los uncidos bueyes diligente
 Para que abran el sulco agujonea:
 Ya esparce la semilla conveniente
 En el fecundo preparado suelo,
 Y dice: (levantando al claro cielo
 Sus ojos) haz, ¡ó Júpiter! que vea
 La siembra acrecentarse en mi decoro;

Si no quieres que sea
 Tu deidad convertida en manso toro:
 Y te veas obligado
 Por quien otra ocasion hacerlo pudo,
 A llevar aquel yugo tan pesado
 De Europa, con infamia de cornudo.



A Clori

con una calandrita.



Clori, Clori, restaure mi aliento
 De tus ojos la dulce alegria,
 Tu presencia mas suave que la alba
 ¡Ay, zagala! me dé nueva vida.
 Huncedece con lágrimas tiernas
 El cadáver de esta calandrita

Que del nido materno robaba
 Para traer á tus aras divinas.

Á tu influjo esperaba creciera,
 Descubriendo la pluma amarilla,
 Que con negra formara un ropage
 Mas galan que la tela mas rica.

Pareciame escuchar los gorgoros,
 Que á tu voz hechicera aprendia,
 Cuando jaula de mimbres delgados
 Defendiera dealcones su vida.

Pero en medio de imágenes gratas,
 Empujando con alas blanditas
 De mi mano se sale, y se sube
 De un arbustos en las verdes ramillas.

Fiero can, que la sigue, la coje;
 De sus fauces mis ansias la quitan,
 ¿Pero como, mi Clori? exhalando
 Mi esperanza halaguieña en su vida.

Los zagales al son de sus flautas
 Su tragedia cantando, repitan:
 Avecillas que libres se pierden,
 Es mejor que se logren cautivas.

*A Clori**con unos pichoncitos.*

Á estos dos pichoncitos que en dulce
 Y amoroso concurso tuvieron
 Dos amantes fecundas palomas
 Nuestra choza destinan los cielos.

Á la escuela de amores felices
 Defenderse podrá que vinieron,
 Si los dos con empeño tomamos
 Su enseñanza en los dulces extremos.

Aprended, palomillos dichosos,
 Las lecciones que dicta el afecto:
 Ved en Clori inocentes halagos,
 Y en su Silvio cariños honestos.

¡Ay! no quiera la diosa de Chipre
 Que su carro tireis con el tiempo,

Que aunque sois de tan cándidas plumas
 Quedareis maculados muy presto.

¡Cuanto, Clori, cuanto nos amamos!
 Pues atados con vínculo estrecho,
 Me parece que vienen las aves
 Á tomar de nosotros ejemplo.

Alegraos, alegraos, pastorcillas,
 Y tocad los festivos panderos,
 Mientras cantan alegres las aves
 Al amor, que nos hace maéstrros.



Clori, y Silvio

comiendo duraznos.



Mientras pacen las blancas corderas
 Verde grama y tomillo oloroso,
 Comerémos, zagala, estos frutos
 Á la sombra que ofrecen los olmos.

¡Que durazno! parece que muerdo.....
 Un carrillo del dueño que adoro.....
 De mi Clori... de tí, por quien vivo
 Encantado en los valles y sotos.

Dame tú ese que ya has comenzado.....
 Toma tú este... ¿cual es mas sabroso?
 El que tiene, mi Clori, el alnibar
 Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al núnen que manda
 La estacion del fructífero otoño,
 Y los gustos cantémos del campo,
 Que no tienen los poblados todes.



ROMANCE ENDECASÍLABO.

A los ojos de Clori.

Graciosas luces de la Clori mia,
 Estrellas claras de esplendores tiernos,
 Albas risueñas, soles agraciados,
 Ojos divinos que me veis serenos:

Como los montes se estremecen cuando
 Rayos fulminan los airados cielos,
 Así mi pecho, que se siente herido
 Sin causa alguna, del enojo vuestro.

¿Hasta cuando esas niñas cariñosas
 No me vuelven á ver como riendo?
 Tornad al gusto con que me mirabais,
 Risueñas niñas, en alegres tiempos.

Miradas dulces sobre el triste Silvio
 Benignos espareid, habladme tiernos,
 Habladme tiernos, como siempre fuisteis:
 Volved á vuestro amor, ojos parleros.

Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,
 Divinos ojos de amoroso fuego,
 Convertid vuestras iras formidables
 En calma celestial, ojos serenos.

Así los dioses á mañana y tarde
 Lacir os hagan en lugar de Venus,
 Y así las musas os compongan himnos
 Que cante Silvio vuestro zagalejo.



ROMANCE ENDECASÍLABO.

*En la muerte
de un Lorito.*



*Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,
Occidit. Exequias ite frequenter, aves.
Ite, piaæ volucres; et plangite pectora pennis;
Et rigido teneras ungue notate genas.
Horrida pro moestis lanietur pluma capillis:
Pro longâ résonent carmina vestra tubâ.*

OVID. LIB. 2.º AMOR. ELEG. 6.ª

La muerte de un gracioso pajarillo
Lloró CATULO con dulzura tanta
Como que era el que hacia las delicias
Y el recreo todo de su Lesbia amada.
Recuerda con ternura y sentimiento
Sus gracias todas que eficaz retrata,

Y aquellos movimientos inocentes
 Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.

De su hechicero seno á un lado y otro
 El tierno animalito se volaba,
 Cuidando siempre de volver gozoso
 Y nunca tarde á su envidiable estancia.

Lloró tambien el dulce y suave OVIDIO
 De un perico la muerte desdichada,
 Manso, hermoso, locuz y lleno todo
 De encantadoras y sublimes gracias.

El fué de una inocente tortolilla
 Amigo fiel, sin que jamas notara
 Ninguno en ellos la mas leve riña;
 Cosa en sus semejantes bien estraña.

El fué parco y frugal, pues solamente
 Vivió de comer nueces y alguna agua:
 Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,
 Si le hablaban de amores, se olvidaba.

El en fin mereció y logró la dicha
 De agradar á Corina, y su palabra
 Última fué un funesto y triste vale
 Con que su alma sensible le traspasa.

¿De qué te sirvió dime, esclama Ovidio,
La fé á tu tortolilla tan guardada?

¿De qué tu hermosa variedad de plumas,
Y la dulzura 'de tu graciosa habla?

¿Qué te aprovecha el don inestimable
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!

¡Ay! yaces infeliz, finesta gloria
De cuantos pueblan las regiones aéreas.....

Así sigue, señora, lamentando
El genio dulce la fatal desgracia,
Y así de vuestro amado periquito
Quisiera cantar yo, y os agradara.

Pero tan incapaz me reconozco
De esto, que solo quiere mi ignorancia
Remedar la espresion y los acentos
De la lira mejor de las romanas.

Venid piadosas, tiernas aveccillas,
Á llorar sobre la urna desdichada
Del mas gracioso loro que ser pudo
Despojo triste de la horrible parca.

Romped vuestro plumaje hermoso y rico:
Herios los pechos, azotad las alas,

Y oíganse vuestras quejas y lamentos
En la region que esté mas apartada.

Llorad zenzoniles, y canarios suaves,
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,
Llorad la muerte del perico amable
Que se ha robado Láchesis avara.

¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos
Esta avecita que Joaquina amaba?

¿No tienes allá tantos que publiquen
Tu gran poder y fuerza ilimitada?

¿El rico Crespo, el elocuente Tulio,
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,
No te dan todavia bastante gloria?

¿Aun no demuestran tu fiereza y saña?

Pues ¿por qué á esa ave amable é inocente
Haz hecho triste objeto de tu rabia?

¿Quisiste acaso castigar su dueño
Por la ternura fiel con que la amaba?

Pero sea lo que fuere, ya no existe,
Y dentro de muy breve será nada:

Gravémos pues por último en su losa
Lo que Ovidio hizo en la del otro, y basta.

EPITAFIO.

Desde este triste leteo
 que es propia imagen del sueño,
 agradarán á mi dueño
 mis canciones y gorgceo:
 Supuesto, pues, que aun poseo
 aquella dulce armonia
 y admirable melodia
 del ave mas docta en canto,
 y así convierta su llanto
 en la mayor alegria.



LA MAÑANA.

Ya se asoma la cándida mañana
 Con su rostro apacible: el horizonte
 Se baña de una luz resplandeciente,
 Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
 Á la parte contraria. Nuestro globo,
 Que estaba al parecer como suspenso
 Por la pesada mano de la noche,
 Sobre sus firmes ejes me parece
 Que le siento rodar. En un instante
 Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¿Qué pecho
 No se siente agitado, si contempla
 La milagrosa luz del almo día?
 Ya comienza á volar el aire fresco,
 Y á sus vitales soplos se restauran
 Todos los seres que herimosean la tierra.
 El ambar de las flores ya se exhala
 Y suaviza la atmósfera: las plantas
 Reviven todas en el verde valle
 Con el jugo sutil que les discurre
 Por sus secretas delicadas venas.
 Alegre la feraz naturaleza
 Se levanta risueña y agradable:
 Parece cuando empieza su ejercicio,
 Que una mano invisible la despierta.

Retumban los collados con las voces
 De las cantoras inocentes aves:
 Susurran las frondosas arboledas,
 Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
 Pero alegre murmullo entre las piedras.
 ¡Qué horas tan saludables en el campo
 Son estas de la luz madrugadora,
 Que los lánguidos miembros vigorizan,
 Y que malogran en multidos lechos
 Los pálidos y entecos ciudadanos!
 Todo escita en el alma un placer vivo,
 Que con secreto impulso la levanta
 Á grandès y sublimes pensamientos.
 Todo lleva el caracter estampado
 De su hacedor eterno. Allá á su modo
 Parecen alabar todos los entès
 La mano liberal que los produce.
 Todo se pone en pronto movimiento:
 Cada cual de los simples habitantes
 Comienza su ejercicio con el día.
 Tras su manada de corderas blancas
 Leda la pastorcilla se entretiene,

Tejiendo una guirnalda, que matiza
 De varias flores para su alba frente.
 El baquero gobierna su ganado,
 Que se dilata en el hermoso ejido.
 El labrador robusto se dispone
 Para el cultivo del terreno fértil.
 Vóime al sembrado que la providencia
 Con su invisible diestra me señala:
 Sufiré el s61 ardiente; pero alegre
 Con los frutos sazones y abundantes
 Que los sulcos me dan que beneficio.
 Apagado el bochorno de la tarde,
 Me volveré á mi choza apetecible,
 Morada de la paz y de los gustos,
 Donde mi esposa dulce ya me espera/
 Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
 Despues de recibirme con mil fiestas,
 Penderán de mi cuello: ciertamente
 Que vendré á ser ent6nces como el árbol
 De que cuelgan racimos los mas dulces.
 ¿Y he de trocar ent6nces mi cabaña,
 Aunque estrecha y humilde, por el grande

Y soberbio palacio, donde brilla
 Como el sol en su esfera un señor rico,
 Pisando alfombras con relieves de oro?
 Nada menos. Tampoco este instrumento,
 Este instrumento rústico y grosero,
 Bienhechor, que me da lo necesario
 En todas las urgencias de mi vida,
 Por el cetro brillante que un monarca
 Empuña con su diestra poderosa.
 No cabe el gozo dentro de mi pecho;
 Ni de alabar me canso en la mañana
 Al padre universal de las criaturas,
 Que miro en esa luz madrugadora;
 Sin dejarlo de ver en las restantes
 Producciones tan grandes de su seno.
 ¡Oh cuantas! ¡cuales son! ¡y qué admirables!
 Pero ninguna como el alba hermosa,
 Que parece que á todos les da vida,
 Embiándoles la luz de su semblante.
 ¡Oh, risa de los cielos, y alegría
 De estos campos felices! Precursora
 De los rayos del sol, yo te saludo.

Las frescas sombras, las campiñas verdes,
 Las fuentes claras, los favonios blandos,
 Las aves dulces, y las flores tiernas,
 Te saludan tambien allá á su modo.
 Su faz hermosa la naturaleza
 Sacar parece del sepulcro ahora:
 Todos sus entes cobran nueva vida
 Á tu presencia dulce y agradable.
 Corren las fieras á sus cuevas hondas,
 Brincan las cabras, los corderos balan,
 Llaman las vacas á sus becerrillos,
 Mugen los toros, y responde el éco,
 Que sale de los montes retumbando.
 Los pastorcillos, y las zagalejas,
 Sonoros himnos canten al eterno
 Autor que baña tu semblante hermoso
 De tan alegre luz por la mañana.



SUEÑO ALEGÓRICO.

CANTO EN OCTAVAS.



Cuando dormimos pasamos á un nuevo mundo que algunas veces (siendo todo ideal, y una simple representacion del que habitamos) nos ofrece nuevas ocasiones de reflexionar sólidamente nuestra alma, que siempre está en ejercicio. Caracciolo en el Goze.

1. Ya que la fuerza de mi edad lozana,
 Con treinta años de peso se recudia,
 Hallábame en la corte Mexicana
 Enfermo de mortal hipocondria:
 Entónces una noche mas temprana,
 Y mas triste que nunca, parecia
 Arrojarne del sueño á los umbrales,
 Porque viera un enigma de mis males.

ii. Éntrome en unos huertos deliciosos,
 Á quienes Priapo ve con blando ceño,
 Frescos, alegres, verdes, olorosos,
 Y última prueba de su autor el sueño:
 De sus bosques espesos, pero hermosos,
 Al paso me salieron, ¡dulce empeño!
 Dos Ninfas que me ponen en sus brazos,
 Cual incauta avecilla en muchos lazos.

iii. Portaba un canastillo la primera
 De frutos los mas gratos y sazones:
 Brindóme de ellos para que comiera
 Con estilo que vence corazones:
 ¿Quién habrá que resista á una hechicera
 Tan dulce en sus políticas funciones?
 Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia,
 De sus frutos comí con abundancia.

iv. De rúbio nectar una copa bella
 La segunda á los lábios me llegaba;
 Mas el influjo de benigna estrella
 Su poder y mi ruina me anuanciaba:

Temeroso resistome; pero ella
 Como toda razon atropellaba,
 Diome vino á beber, que sin disputa
 De mi vergüenza fué letal cicuta.

v. Cuando por una verde celosia
 Asómase otra Ninfa á mis recreos,
 Que con el fuego que en su rostro ardia
 Abrasa la region de los deseos:
 Sale: dame la mano..... ¡suerte mia!
 Este sí fué el mayor de mis trofeos,
 Pues la espliqué mi amor, y en el instante
 Se asomó la sonrisa en su semblante.

vi. Arroyos de cristales derretidos,
 Y cantares de dulces ruiseñores
 Suavemente embargaban los sentidos
 En lecho blando de mullidas flores:
 Los tiempos lamentábanse perdidos,
 Cuando á estorbar de Venus los amores
 Aparécese un viejo, y dando un grito,
 Llena de espanto todo aquel distrito.

vii. Huyen las Círces, como del sembrado
 Se levantan las aves al estruendo
 De la piedra que la honda ha disparado:
 El risueño pensil vuélvese horrendo:
 Ya el anciano su brazo ha levantado.....
 Dame un golpe, y del éxtasi volviendo
 Mis vicios lloro; pero luego canto
 Lleno de gusto el desengaño santo.



· IDILIO.

La Zagala en el bosque.



Frondoso bosque, cuya fresca sombra
 Mis perdidos alientos restauraba,
 Cuando de tierna grama en verde alfombra
 Un pérfido pastor me acariciaba,
 Todo el tiempo lo acaba....

¡Ay, Silvio, Silvio, Silvio, ingrato dueño!
 Puesto que ya sacudo el fatal sueño
 De prolongados años
 Que entretuve el amor en tus engaños,
 Es fuerza que despierte,
 Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja,
 Cuando de Silvio cruel triste se queja,
 Del alma abre los ojos,
 Y alivia los enojos
 De un amor ofendido; concluyendo
 Con aquestos renglones
 Que en el tronco de un árbol va escribiendo
 Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor conten,
 Si lo quiere algun zagal,
 Pues si Silvio pagó mal
 ¿Quién habrá que pague bien?



ÉGLOGAS.

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

Compuso el autor las dos siguientes ÉCLOGAS siendo muy joven, cuando por lo mismo aun no podia poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesia: Así lo espresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice: que no las estraia de ese lugar, porque no escribia para el público; sino para los amigos privados. Sepa tambien el lector, que la formacion de ellas fué obra de poquísimos tiempo.



ÉGLOGA PRIMERA:

*EL AMANTE MAS FIEL**DE LOS PASTORES.*

DEDICATORIA.

Á tí, con quien mi amor en algun dia
 De mi albugé al compas triste cantaba,
 Y tu voz sus cadencias alternaba,
 Cual éco que mis ayes repetia:

Á tí, que de mis penas la porfia
 Por la estrecha amistad que nos ligaba,
 De suerte el corazon te traspasaba,
 Que la llorabas tuya, siendo mia:

Á tí, Berardo, á tí justo es resuelva
 Dedicar este afan, corto servicio,
 Porque así á respirar contigo vuelva:

Acepta, pues, de amor el sacrificio
 En versos que las niñas de la selva
 Escucharon de Mopso y de Fenicio.

ÉGLOGA.

POETA, MOPSO, FENICIO.

 POETA.

Ya las nocturnas aves
 Del monte horrorizaban la espcsurá
 Con sus lamentos graves,
 Y el negro velo de la noche oscura
 Bajando de la lóbrega montaña
 Se estendia á la rústica cabaña:

 Cuando Fenicio herido
 Del acerbo dolor que le atormenta,
 Del mal entretejido
 Alvergue pastoral triste se ausenta,
 Para dar sin medida á su quebranto
 El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
 Su débil contestura sustentaba,
 El rostro lastimero
 Sobre el cansado pecho reclinaba,
 Y ácia al suelo doblando su estatura,
 Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
 Poco á poco los pasos dirigía
 Á la montaña nubrosa,
 Y en llegando á su espesa serranía,
 De esta suerte, sentándose en un tronco,
 Desató de su voz el éco ronco.

PENICIÓN.

¡Oh noche, á mi tristeza acomóladal
 ¡Asilo de mi grande sentimiento!
 Á tu silencio solo revelada
 La causa puede ser de mi tormento:
 Diga pues mi dolor la voz cansada,
 Y salga de este pecho el mal que siento;

Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi mal ¡ay de mí! no tiene cura;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con espresar lo que le apura:
Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura:
De Dóris, sí, de Dóris tanta mengua
Que siente el corazón diga la lengua.

¿Qué motivo ¡ay dolor! ingrata fiera,
Pudo dar ocasión á tal desvío,
Que ofendiendo mi amor y fé sincera
Sujetas á otro amante tu alvedrío?
¿Por ventura no soy el que antes era?
¿Pues como ya te enfada el amor mio?
¿Como así con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza?

¿Á donde está el amor y la fé pura
Que en aras de tu pecho me juraste?
¿Á donde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste?

¿Á donde mi regalo y mi dulzura,
 Y en ellos mi alma y vida te llevaste?
 ¿Á donde? ¿á donde, di, Dóris, á donde
 Tanto bien ¡ay de mí! tu mal me esconde?

¿Conque llegó por fin tu atrevimiento,
 Sin alma, sin razon, sin fé, sin juicio,
 Á quebrantar el mutuo juramento
 Con que al amor hicimos sacrificio?
 Mas que fiera con tal procedimiento
 Te acreditas ¡ay Dóris! con Fenicio:
 Mas que fiera.... sí, Dóris ¿quien creyera?
 ¡Ay Dóris, Dóris.... Dóris mas que fiera!
 ¡Qué traicion! ¡qué rigor! ¡qué alevosia,
 Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
 Pues cuando el daño ménos precavia,
 Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
 Le robaste el contento á la alma mia,
 Dándole á otro pastor tu fácil pecho:
 Mas allá de la negra infamia toca
 Lo alevoso de tu hecho, y accion loca.
 ¿Quien creyera que ingrata me pagaras
 Con tanta falsedad, tanta vileza,

Los tiernos holocaustos que á tus aras
 Ofrecia cuotidianos mi fineza?
 Oh sí tu culpa á conocer llegarás!
 Quizá mirando entónces tu bajaça,
 Por no manifestar perdido el juicio,
 Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,
 Y por otro llegaste á mal quererme,
 ¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
 ¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?
 ¿Cuándo podré de amor cantar victoria?
 ¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
 ¿Cuándo podré?... ¡ay de mí! no tienen cuando
 Los regalos de amor que estoy llorando.

¡Ay! que de rálbia y cólera rebiento,
 Mirándome por otro desdeñado:
 El corazon del fiero sentimiento
 Parte á parte lo tengo traspasado:
 Desmáyase el valor y el sufrimiento:
 Y del remedio ya desesperado,
 Para aplacar un tanto mis enojos,
 Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo,
Porque el dolor el pecho le oprimia:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua explicarse, se valia
De los ojos, que son mas elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movia,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecia
Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,
Como el ciclo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al anago,
Esperando en sus troncos el estrago:

Como enojado el viento
 Corriese por la sierra, despojando
 De su hojoso ornamento
 Á las plantas con que iba tropezando:
 Y quedase aquel sitio de tal modo,
 Que infundiendo pavor estaba todo:
 Enjugando su llanto,
 Á la rotura de una bruta peña
 Retiróse entretanto
 El cielo daba de sereno seña,
 Que ya, según lo mucho que llovía,
 En agua al parecer se deshacía.
 Con quistud procuraba
 Mitigar por entónces sus congojas,
 Y la noche pasaba
 En el lecho fatal de ásperas hojas,
 Dando alivio á sus ojos entre tanto
 Que volvía de nuevo al triste llanto.
 En fin, ya el claro día
 Daba para llegar pasos violentos,
 Y puesto en armonía
 El curso de los bravos elementos,

Se asomaba la aurora á su ventana
Alegrando la cándida mañana.

Entónces la caverna

El infeliz pastor desamparaba,
Y á tierra mas interna
Sus trabajados pies enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.

Era este un ganadero

De distinta cabaña, que habia sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habian vivido,
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.

Despues que se pagaron

Algunas afectuosas espresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,
Á la sombra de un roble se acogieron,
Y principio á su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
 Quieres decirme, amigo el mas querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado
 Por justo premio el corazon réndido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
 Vive, sin las ofensas del olvido;
 No así yo, Mopso: escucha de mi historia
 Mil cosas que enternecen mi memoria.

Á tiempo que sus bodas celebraban
 Dos amantes dichosos cierto dia,
 Á los campos me fuí donde se hallaban
 Con música espresando su alegría.

Acerqueme curioso á donde estaban
 Las zagalas, y aun no bien recorria
 La vista desgraciada, cuando luego
 Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Dóris, la misma que al instante
 En su mirar risueño prometia
 Ternura á mi cariño titubeante
 Que mi rendido pecho la ofrecia:
 Entónces parecióme que de amante
 Venturoso la suerte me seria;
 Pues saliendo á mis lábios mil arrojos,
 Se asomaban afectos á sus ojos.

Diéron fin á la fiesta los pastores,
 Y acompañarla ofrezco hasta su casa;
 Mas temiendo del vulgo los rumores,
 En admitir la oferta anduvo escasa:
 No juzgué sus reflejas inferiores,
 Como que sé lo que en el mundo pasa;
 Y así me despedí tocando ufano
 Albos jazmines de su blanca mano.

Á mí alvergue me fuí; y aunque pudiera
 Facilitar consueños la esperanza,

El corazon, se abrasa, y una hoguera
 En suspiros de amor afuera lanza:
 La deidad de la noche en su carrera
 Soñolienta pasaba con tardanza:
 Pero habiendo llegado el claro dia,
 Á la casa de Dóris me partia.

De nuevo me enardesco, y cuando intento
 Aliviar con su vista mi quebranto,
 Los incendios de amor hallan fomento,
 Y los deseos crecen otro tanto:
 Freno pongo á cualquier atrevimiento
 Teniendo un disfavor; mas entre tanto
 No dejaba el amor de hacer conquista,
 Ya que no con la boca, con la vista.

Repito mis visitas obsequioso:
 Y cual soldado en la campaña instruido
 Ya se muestra cobarde, ya animoso,
 Ya triunfante en la lid, ó ya vencido:
 De la misma manera cauteloso,
 Me hago ya despreciado, ó ya querido:
 Oportuna materia para luego
 Á la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado
 Sujeto del: honor á la cadena,
 En la carcel del pecho aprisionado
 Lamentaba el amor su dura pena.
 Diez palacios habia el sol dorado,
 Y la luna se vió diez veces llena,
 Sin que diese por tímida la boca,
 Libertad á pasion que en muerte toca.

Hasta que en fin, inestable la fortuna,
 Ó la misma desgracia cautelosa,
 Dispúsome ocasion tan oportuna
 Que me fuera el callar sensible cosa:
 No corrió con mas fuerza fuente alguna,
 Cuando rompe los diques impetuosa,
 Despues de largo tiempo aprisionada,
 Que mi alma al espresarse apasionada.

Díjela pues, del mal que adolecia
 Con vivas y eficaces espresiones:
 Y á la de amor continúa bateria
 El muro se rindió de sus razones.
 Conquistado el respeto en aquel dia
 Unimos nuestros tiernos corazones,

Y dándonos recíprocos abrazos
 Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vigilante el amor, nuevo cuidado
 En adelante puso á su belleza:
 Y era tanto mayor que en lo pasado
 Cuanto hasta entónces fué mas su fineza:
 Igualmente oficioso que elevado
 En empeños de toda su terneza.
 Mis manos la servian, cuando á sus soles
 Eran siempre mis ojos girasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,
 Y como ya otra Dóris parecia,
 El obsequio futuro anticipaba
 Cuando algunos presentes la servia:
 Unas veces de un modo la espresaba,
 Y otras de otro el amor que la tenia:
 Acciones con que suelen los amantes
 Obligar á sus dueños á constantes.

Luego que por abril las blandas flores
 El abundoso campo se vestia,
 Á ejemplo de los mas tiernos pastores
 Las guirnaldas mas bellas le tejia:

Pretendian acaso mis amores
 Agitados á impulsos de alegría,
 Que cuando al campo su hermosura fuera
 La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,
 Y sazoados frutos ofrecía,
 Las primicias mas gratas le llevaba
 Que el cultivado soto producía.
 Parece que mi amor solo cuidaba
 De ver como á su Dóris complacia,
 Pucs aun en tiempos ménos liberales
 Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
 Mas hermoso y galan por sus colores,
 Purificado en aguas de tomillo
 Y en otros aromáticos licores,
 Coronado del mas tierno ramillo,
 Y salpicado bien de nuevas flores
 Á sus aras llevaba en sacrificio
 Del amor y la fé de su Fenicio.

Ocasion no faltó en que mis desyelos,
 Haciéndose enemigos de las aves,

Cogiesen de sus nidos los polluclos
 Que diesen á mi Dóris cantos suaves:
 Industriosos acaso mis anhelos,
 Pues querian tal vez que en tonos graves
 Y dulces, de la música del alba
 También hicieran á mi Dóris salva.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
 De zelos se gloriaban mis amores:
 Tres veces el verano en nuestras tierras
 Coronado salió de nuevas flores;
 Y otras tantas los montes y las sierras
 Lloraron del invierno los rigores;
 Sin que alterase el mar de mis dulzuras
 Ni el aire de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
 Otro tiempo en que todo se perdiera,
 Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
 Tiempo en que todo mal en mí se viera:
 ¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
 Secose sin que yo lo mereciera!
 ¡Oh tiempo! ¡tiempo, en que quedó triunfante
 Otro, si mas feliz, ménos amante!

Entónces, Mopso, cuando está mas viva
 La llama de mi amor, cuando mas fuerte
 Agita el alma, de mi bien me priva
 Crüel influjo de mi mala suerte:
 Y entónces ¡ay de mí! Dóris esquivá,
 Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
 Pues violando el amor y la fé pura
 Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
 Y el rigor á que ingrata me condena:
 Y veo de mi amor la ineficacia,
 Y en otros brazos la contemplo agena,
 Crece tanto el dolor de mi desgracia,
 Y de su ingratitude la grave pena,
 Que levanto la voz de mis querellas
 Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Sí, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
 Cual por el monte fiera embravecida,
 Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
 Procurando acabar mi amarga vida:
 Me falta la razon, el juicio pierdo:
 Y enferma el alma con mortal herida,

No sé como despojo de mi saña
 No encuentro mi sepulcro en la montaña.
 Pluguiera al cielo que de sus ojos
 (Antes que de mi Dóris las estrellas
 Hubiera visto de sus negros ojos)
 Me hubiesen abrazado las centellas:
 Pues ahora que contemplo los despojos
 Que el amor me ofreció en sus luces bellas
 Tan sin remedio en otro ducño, queda.....
 Quedo..... como esplicarte yo no puedo.

MORSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
 Para romper los lazos amorosos:
 Á tu ayuda se mira ya la ausencia
 Despues de largos tiempos perezosos:
 Pon tu aficion en otra, y la esperiencia
 Efectos te hará ver maravillosos:
 Estos son contra amor seguros medios,
 Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
 Arrancar su retrato soberano;
 Pero helara la alegre primavera,
 Floreciera el invierno triste y cano,
 Esta montaña abajo se viniera,
 Igualando sus cumbres con el llano,
 Antes que, de mi agravio satisfecho,
 Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato;
 Mas quererlo llevar á buen efecto
 Es imposible; Mopso, y así trato
 Acabar á los yerros de mi afecto:
 Bruto soy en querer á un dueño ingrato;
 Aunque como hombre culpo su defecto:
 Mas adorando á Dóris, no disputo
 Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
 Cuando el tirano amor te tiene ciego:
 No tienes ¡ay de tí! no tienes cura,
 Á mi consejo opuesto, y á mi ruego:
 Mas si algo te merece mi ternura
 Á mi cabaña ven conmigo luego:

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
 Méenos el que de Dóris cruel se olvide.
 Que aunque me aviente la fortuna airada
 Á la region ardiente, ó á la fria,
 Y la esperanza llore retirada
 De volverla á gozar en algun dia,
 En mi memoria siempre colocada
 El ídolo será de la alma mia:
 Así Dóris verá por mis amores
El amante mas fiel de los pastores.

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesies
Entre nubes de rosas y alelíes:
 Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio á su tristeza:
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.
 Al alvergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Oscuras sombras de la negra noche,
Y entónces cada cual se recogia
En su pajizo lecho hasta otro día.

ÉGLOGA SEGUNDA.

LA PASTORA MAS FIEL

DE LA CABAÑA.



DEDICATORIA.

Fileno, sábio pastor,
si á tí se quejó algun día,
como sé, la Dóris mia,
de que olvidaba su amor:
Oye en mi voz su dolor;
mas sin hacer de esto juicio,
pues si del triste Fenicio
llega á tí la voz confusa,
es, porque quiere mi musa
hacerte algun sacrificio.

ADVERTENCIA

DEL AUTOR.

Para poner de algun modo intervalo á las tristezas de la vida, nos propusimos tres amigos el asunto de una ÉGLOGA que espresara los sentimientos de una muger zelosa. Yo que con bastantes motivos juzgaba á cierta dama, bajo el nombre de Dóris, con achaques de esta pasion, produje la siguiente piececilla, que viene á ser como una respuesta de mi ÉGLOGA anterior.



ÉGLOGA.

POETA, DÓRIS, FILOMENA.

 POETA.

Cuando en el horizonte
 Apagada la luz, la noche daba,
 Para salir del monte,
 Acelerados vuelos, y entonaba
 Su precursora tropa tristes écos
 Sobre rudos peñascos, troncos secos:
 Dóris, la zagaleja,
 Encanto de los rústicos pastores,
 De su casa se aleja
 Llorando de Fenicio los rigores,
 Sin tener de su llanto lastimoso
 Mas testigo que el bosque silencioso.

Á la margen se sienta
 De un arroyuelo, músico del prado,
 Y á su compas atenta,
 De congojas el pecho traspasado,
 El silencio rompió, dando á los vientos
 Estos de su dolor tristes acentos.

DÓRIS.

Aquí la vez primera
 Fenicio me ofreció tiernos amores;
 Y aquí la vez postrera
 Ha de ser de mi vida y sus rigores:
 Que este lugar destina la cruel suerte
 Por teatro de mi vida, y de mi muerte.

Vosotras, flores bellas,
 Que de Fenicio visteis las caricias,
 Y vosotras, estrellas,
 Que envidiasteis acaso mis delicias,
 ¿No os mueve á compasion tan cruel mudanza
 Que acaba con su amor y mi esperanza?

Fenicio, ya estás ahora
 Ofreciendo tu afecto en los altares
 De otra incauta pastora,
 Ó ya estés entonándole cantares,
 Despues de haber llevado sus ovejas;
 Como quiera que estés, oye mis quejas.

Si á tan mortal olvido
 Habias de condenarme, ¿por qué, fiero,
 Mostrándote rendido
 Me ofreciste un amor tan lisonjero?
 Ó si es verdad que entónces me querias,
 ¿Donde está aquel amor que me decias?

Luego ya por ingrato
 Desde hoy en adelante he de tenerte,
 Pues tu engañoso trato
 No me dicta juzgarte de otra suerte:
 Mas ¿qué satisfaccion, qué recompensa
 Puede ser de mi mal y de tu ofensa?

Si mientras ofendida
 Yo te culpo de infiel, tú en otro empeño
 Acabas con mi vida,
 ¿Como será posible, ingrato dueño,

Que de mi antigua paz la dulce calma
Vuelva á la posesion de toda mi alma?

No, Fenicio, no es dable

Que de mi pecho arranque los rezelos,
Con que se hace implacable

La guerra cruda de continuos zelos:

Yo me siento morir, si de mis males

No se duelen los dioses celestiales.

¡Cuanto mejor me estaba

No haber correspondido á las finezas

Con que me señalaba

Otro tiempo tu amor entre bellezas!

Quizá no echara ménos la alma mia

El sosiego que tuvo en algun día.

¡Oh tiempo venturoso

Antes que yo á Fenicio conociera!

¡Tiempo! ¡tiempo dichoso

Que me veia con cara placentera,

Cuando de aquel arroyo en las orillas

Triscaba con las otras pastorecillas!

Mas hoy aprisionado

Mi desgraciado amor se llora ciego;

Y en un mar alterado
 Bebiendo sin cesar olas de fuego
 Naufraga la razon: ¡cuanto perjuicio
 El engaño me trajo de Fenicio!
 ¡Oh vosotras, deidades,
 Que cuidais de estos páramos sombríos,
 Y de estas soledades
 Dedicados teneis los sacros ríos,
 Si os mueven mi dolor y mis pesares,
 Sacrificio seré á vuestros altares.

Vosotras, sí, por quienes
 Tantas veces Fenicio me juraba
 Sus afectuosos bienes,
 Mirad que vuestro honor se menoscaba,
 Si de mi triste voz las grandes quejas
 No mueven á piedad vuestras orejas.

Y pues que de Fenicio
 Contra vos se declaran las ofensas,
 Recóbrese mi juicio,
 Que el ingrato tendrá las recompensas
 En celestiales iras. Entretanto
 Calme el dolor, enjúguese mi llanto.

Mas ¡ay! almas deidades,
 Suspended vuestro brazo vengativo;
 No mis penalidades
 De su desgracia sean triste motivo;
 Mas ántes pague yo vuestros enojos,
 Y vuelvan á llorar mis turbios ojos.

POETA.

Aquí la voz doliente
 Con los tiernos suspiros se embargaba;
 Pero el llanto elocuente
 Que en sus mejillas rojas derramaba,
 Para afear de Fenicio los agravios,
 Hizo las veces de sus bellos lábios.
 Clamorosos gemidos
 Y lastimosos ayes traspasaban,
 Por el aire impelidos,
 Las débiles paredes que formaban
 Una cercana choza en que vivia
 La amiga mas discreta que tenia.

Esta era Filomena,
 Con quien habia otras veces conferido
 La causa de su pena,
 Y la que habiendo el éco conocido
 De su amiga, dejó la dulce cama,
 Llevada del acento que la llama.

Presa la halló en los lazos
 De un violento desmayo, por el suelo:
 Tómala entre sus brazos,
 Y procurando darle algun consuelo,
 Despues que ya del éxtasi volvía,
 Así con blandas voces le decía:

FILOMENA.

¿Hasta cuando tus ojos
 Dejarán de llorar, Dóris querida,
 Los injustos enojos
 Con que Fenicio cruel te tiene herida?
 ¿Hasta cuando tendrán con tus lamentos
 Lúgubres quejas los sonoros vientos?

No hay hora en que con llanto
 No des de tu dolor amargas señas,
 Moviendo tal quebranto,
 Que parece lo sienten aun las peñas:
 No hay hora en que no suene tu amargura,
 Sea del día claro, ó de la noche oscura.

Si esa corriente fuera
 De modo que á Fenicio caminara,
 No era mucho corriera
 Llevándole las rosas de tu cara:
 Esperaras tal vez su afecto entónces,
 Si hay lágrimas que ablanden á los bronces.

Pero si la fortuna
 Descamina tu voz, y nada medras,
 Tu querrela inportuna
 Quedará sepultada entre estas piedras,
 Mientras que en otras aras tu Fenicio
 Consuma de su amor el sacrificio.

DÓRIS.

Nada ménos, amiga,
 Que á los oídos de un pérfido me queje,

Y que ruegos le diga,
 Para que vuelva á mí, cuando á otra deje:
 De ninguna manera, porque haria
 Su dureza mayor la queja mia.

FILOMENA.

¡Luego sin esperanza
 Lamentas, maltratando tu hermosura,
 De que tendrá mudanza
 Tu desgraciado amor, tu desventura?
 ¡Qué poco juicio ¡ay Dóris! acreditas
 En tiempo que mejor lo necesitas!

DÓRIS.

Sin esperanza lloro,
 Es cierto, de ser ya dueño absoluto
 De lo que mas adoro;
 Mas cuando al suelo lágrimas tributo,
 Discurro ¡ay triste! que en remedios tales
 Una parte desahogo de mis males.

FILOMENA.

Lloro pues, Dóris mia;
 Pero treguas permite á tus querellas:
 Acuérdate del día
 En que dando tu sol sus luces bellas,
 Alegrabas los rústicos pastores
 Como el alba á los dulces ruiseñores.
 Acuérdate de cuando
 Despidiéndote amor doradas flechas,
 Las ibas rechazando
 Y caían á tus pies luego deshechas:
 Victorias que te hacían en la cabaña
 Honores, como á Diana en la montaña.
 Y acuérdate de aquellos
 Alegres tiempos, cuando en la floresta,
 De ramos los mas bellos,
 Pasando los ardores de la siesta,
 Con coronas cantábamos y palmas
 La dulce libertad de nuestras almas.

265.

DÓRIS.

Antes con la memoria
De mi pasado bien, mi mal se aumenta,
Y perdida mi gloria,
Un infierno á los ojos se presenta.
¿Quien, Filomena amiga, quien pensara
Que mi gloria en infierno se trocara?

FILOMENA.

Si de las sugerencias
Del amor en el pecho de quien ama
No triunfan las razones,
Emprendo inútil apagar tu llama;
Pero ya es hora de buscar sosiego
En nuestras dulces camas.

DÓRIS.

Vamos luego.

POETA.

Con amorosas quejas,
Al juntarse la noche con el día,
Las tristes zagalejas,
Por temor de la luz que la alba envía,
Se despidieron dándose un abrazo,
Poniendo para verse corto plazo.



ÉGLOGA TERCERA.

Despidese Silvio de Clori.

SILVIO, POETA.



POETA.

Viendo Silvio que Clori se ausentaba
 En fuerza de los hados rigurosos,
 Al pecho la estrechaba,
 Y con suspiros tiernos y amorosos
 Su dolor de esta suerte la espresaba.

SILVIO.

¿Te vas? ¡ay Clori! ¿conque la fortuna
 Rompe los fuertes lazos

De una estrecha amistad mas que otra alguna?

¿Conque dejas por último mis brazos?

¿Los dulces brazos de tu Silvio dejas?

¿Dejas mi corazón que por la boca

Repitiéndote está sus blandas quejas?

¿Te has transformado acaso en dura roca,

Que dejas á tu Silvio en triste calma

Sin su Clori? ¿sin tí? ¿sin toda su alma?

Mas ¡ay! que si la estrella

De mis brazos te arranca, ¿por qué lloro

Motivos que no das, mi Clori bella?

La estrella me arrebató el bien que adoro.

Á Dios, Clori,... ¿te vas? sí, que la suerte

Con tu ausencia procura.....

Procura.... ¡ay! sí, procura darme muerte,

Privándome de toda mi dulzura.

Y puesto que la fuerza

La incontrastable fuerza del destino

No hay brazo que la tuerza,

Anda, mi Clori, empieza tu camino.

Mas no, Clori, te aguarda:

¿Olvidará de Silvio la ternura,

Si acaso para verte el tiempo tarda?
 ¡Olvidarás que ha sido tu hermosura,
 Tantas dichosas veces adorada,
 En lo mejor de su alma colocada?
 No lo permitas, Clori, ¡ay! ten presentes
 Del corazón más fiel tantos amores,
 Que á prueba de otros muchos pretendientes,
 Envidiosos pastores,
 Me hicieron dueño al fin de tus favores.
 Sí, Clori: que aunque ausentes
 Estémos, y en las tierras más distantes,
 Yo te prometo, por aquella gloria
 Que me causó el triunfar de tus amantes,
 El que siempre estarás en mi memoria.....
 En mi memoria, siempre agradecida
 Al honesto recato
 De tu amoroso trato;
 Y muy reconocida
 Á la sagrada fe comprometida .
 Con juramentos tantos,
 Que por los dioses santos
 Hicimos, cuando en más dichoso día

Yo me nombré por tuyo, y tú por mía.
 ¿Lloras, mi Clori? no, no tus ojuelos,
 Corriendo en tus mejillas,
 Como dos arroyuelos,
 Se arrebatan las tiernas florecillas.
 ¡Ay! véncete á mi ruego:
 No eclipses de tu cielo peregrino
 En cada niña un sol de blando fuego:
 No llores, Clori, sigue tu camino.

POETA.

Con estas espresiones de ternura
 Silvio de su zagala se despide,
 Quien con llanto explicaba su amargura,
 Que á su lábio de rosa hablar impide:
 Danse el postrer abrazo;
 Y desunido el amoroso lazo,
 Los últimos á dioses se dijeron
 Con ayes tan del alma prorrumpidos,
 Que las Driadas y Faunos se movieron,
 Y en écos repetidos
 Desde sus hondas cuevas respondieron.

ÉGLOGA CUARTA.

Llora Silvio la ausencia de Clori.

SILVIO, POETA.



POETA.

Como suele el amante pajarillo,
 Para aliviar su corazon doliente,
 Quejarse sobre algun verde arbolillo
 Á su consorte ausente:
 El triste Silvio sia su Clori amada
 Llora su desventura,
 Y en el silencio de la noche oscura
 De este modo su pena fué espresada.

SILVIO.

La cara trocó el mundo:
 Y así como en la noche oscura y triste,
 Un extraño silencio el mas profundo
 Respira el campo desde que tú te fuiste.
 Ya no alegra la luz que la alba embia,
 Ni las aves canoras
 Su voz desatan ya con alegría.
 Tristes corren las fuentes mas sonoras,
 Y aun las flores ya niegan su fragancia.
 Con razon la distancia,
 Que nos separa causa mis desvelos.
 ¡Oh si te viese ahora,
 Bellísima pastora!
 ¡Ay! traigante los cielos,
 Que muero por la luz de tus ojos.
 No me cabe el dolor dentro del pecho,
 Serranilla graciosa,
 Cuando pongo los ojos en el techo

De tu mandra (1) dichosa:
 Ya no se ve blanquear, como solia,
 Con tantas palomitas melindrosas:
 Que como echaron ménos tu presencia,
 Quizá á buscar se fueron su alegría.
 Si estuviesen, aun creo que llorasas
 Al triste Silvio hicieran compañía.
 Date prisa á volver, zagala mia.
 ¡Ay! traígaute los cielos,
 Que muero por la luz de tus ojuelos.
 Tus mansas inocentes corderitas
 Ni se alegran, ni buscan por el prado
 Como de antes las nuevas yerbecitas.
 ¡Pobrecillo ¡ay! sin tí de tu ganado!
 Y cuando llega la hora
 Que del redil las saque su pastora,
 La llaman con tristísimos balidos:
 Á tan grande dolor les acompaña
 Con écos repetidos

(1.) *Mandra*, albergue pastoral. A.

La lóbrega mañana.
 Y desde aquel instante el mas penoso,
 En que se vió la pastoril cabaña
 Sin tu rostro precioso,
 Una noche sombria
 Parece que se estiende por toda ella,
 Aun cuando el sol está en el medio dia.
 ¡Ay serranilla bella!
 ¿Si volverá á este campo su alegría,
 Que con ansias espera la alma mia?
 ¡Ay! traégante los cielos,
 Que muero por la luz de tus ojuelos.
 Admite, corazon, algun sosiego,
 Y aguarda con el tiempo la venida
 De tu Clori querida,
 Que enjugará este llanto en que me anego.
 Acaba de llegar, alegre dia,
 Y tendrás, no hay que hacer, en mi pastora
 Mejor regazo que en la blanda aurora.
 ¡Ay, zagaleja mia!
 ¡Cuanto tus ojos tardan
 En alegrar los míos que te aguardan!

¡Ay! traígante los cielos,
Que muero por la luz de tus ojuelos.

POETA.

Calló el pastor amante,
Y la pesada noche tenebrosa
Lo retira á su mandra silenciosa
Sin que el dolor lo deje un solo instante.



ÉGLOGA QUINTA.

Celebra Silvio la vuelta de Clori.

SILVIO, POETA.



POETA.

Ya de los montes el invierno cano
 Retirado se habia,
 Cuando Silvio volvia
 Á ver de Clori el rostro soberano.
 De su torneada mano,
 Que á la boca llevaba muchas veces
 Con gratas sencilleces,
 Cariñoso la toma:
 Sobre la verde yerba de una loma
 La sienta, y á su lado

La requiebra, cual suele en el techado
Simple palomo á cándida paloma.

SILVIO.

Bellísima serrana,
Prodigio celestial, todo bien mio,
Grata á mis ojos mas que en la mañana
Á las sedientas flores el rocío:
Pasó la noche oscura,
Que lloraba con lágrimas eternas:
El suave resplandor, las luces tiernas
De tu blanda hermosura
Disipa mi tristeza:
Igual es tu belleza
Á la que tiene la rosada aurora,
Cuando, rompiendo los nocturnos velos,
Alegra los espacios de los cielos,
Y las coronas de los montes dora.
Pajaros dulces, que en pajizas camas
Gratas consortes requiebrais contentos,

Salid alegres á las verdes ramas:
 Desatad vuestros músicos acentos,
 Y esparcid en los vientos
 Vuestra sonora plácida armonia,
 Pues ha llegado la zagala mia.

Salid ya del establo, corderillos,
 Que en el campo os espera
 Produccion olorosa de tomillos,
 Que con Clori os envió la primavera.
 Subid al monte, bajad á la ribera:
 Dad saltos de alegria,
 Pues ha llegado la zagala mia.

Amantes zagulejas,
 Que en el fértil sembrado de amapolas
 Soleis cantar á solas
 De un mal pagado amor las tiernas quejas,
 Vuestros amargos lloros
 Conviértanse hoy en cánticos sonoros
 De alegre melodia,
 Pues ha llegado la zagala mia.

Templad los agradables caramillos,
 Porque en lo mas sabroso de la siesta,

Músicos pastorcillos,
 Harémos nuestro baile en la floresta
 Á la usanza de simple serranía,
 Pues ha llegado la zagala mía.

POETA.

Á seguir iba Silvio; pero viendo
 La carroza del sol, que iba subiendo,
 Se retira á su albergue en compañía
 De Clori, y observando los pastores
 Sus festivos empeños,
 Se dispusieron todos á porfía,
 Para alcanzar favores
 De sus hermosos dueños:
 Y á la siesta en el campo se juntaron,
 Y la vuelta de Clori celebraron.



SONETOS.

SONETO I.

*Influjo del amor, imitando el artificio del
primer soneto de Don Tomás de Iriarte.*

Célebres calles de la corte indiana,
Grandes plazas, soberbios edificios,
Templos de milagrosos frontispicios,
Elevados torreones de arte ufana.

Altos palacios de la gloria humana,
Fuentes de primorosos artificios,
Chapiteles, pirámides, hospicios,
Que arguyen la grandeza americana:

¡Oh México! sin duda yo gozara
Del gusto que me brinda tu grandeza,
Si causa superior no lo estorbara.

De tu suelo me arranca con presteza
El suave influjo de la dulce cara
De una agraciada rústica belleza.

SONETO II.

Recuerdos tristes.

Cuando tu blanca frente yo ceñía
 De yedra azul, y de encarnada rosa,
 Cuando en el fértil prado, y selva umbrosa
 Mil cariños muy dulces te decía:

Cuando de agreste flauta me servía
 Para cantar tu cara milagrosa,
 Cuando en nuestra cabaña venturosa
 Me nombraba por tuyo, y tú por mía:

Cuando... mas no, no quieras, Clori amada,
 Que refiera mas gustos, pues no intento
 Que gima la memoria lastimada:

Iba á decirte, que en aquel momento
 Que recuerdo la vida ya pasada,
 Ne sé como no muero de tormento.

SONETO III.

Á Clorila en tres meses de ausencia.

Tres casas visitó, Clorila hermosa,
 El sol dorado desde el triste día
 Que á mis ojos robaron su alegría
 Con privarlos de ver tu luz preciosa.

Desde entónces ¡ay triste! no hallo cosa
 Que no sea de dolor al alma mia,
 Y los males parece que á porfia
 Me disponen la vida mas penosa.

Mas si deben hallar correspondencia,
 Cuando los tiempos entren en bonanza,
 Los males rigurosos de la ausencia,

Consuélame, Clorila, la esperanza
 De que tu dulce y celestial presencia
 Sanará mis dolencias sin tardanza.

SONETO IV.

El deseo.

Con alas vuelo de inmortal deseo
 Al campo de mi grata pastoreilla:
 Flores la hallo cojiendo ácia la orilla
 De una fuente que es todo su recreo:

En su falda las echa; yo la veo
 Cortar de verde sauce una ramilla,
 Y con nardo, violeta, y maravilla,
 Una guirnalda trenza con asco.

Cuando en sus hebras de oro la ponía,
 Los pájaros cantaron dulcemente,
 Juzgando que era la alba que salía:

Esto cantaba Silvio estando ausente,
 Y ansioso de la alegre compañía
 De Clorila, á quien ama tiernamente.

SONETO V.

El sueño en el día de Clori.

Estando ausente de mi Clori anada,
 Y llegado que fué su alegre día,
 Púsome en su sabrosa compañía
 Dormido, la vision mas regalada.

En mi amoroso pecho reclinada,
 Los requiebros mas dulces le decia:
 Ella con blanda voz me respondia
 En su lábio de rosa embalsamada.

Parecíame mirarla con los ojos:
 Mas tocado de envidia el dios Morfeo,
 Tavo zelos, no hay duda, y diome enojos:

Y del éstasi, Clori, en que te veo,
 Vuelvo ¡ay triste! llorando los despojos
 Con que el sueño engañaba á mi deseo.

SONETO VI.

El ruego amoroso.

Acaba de llegar, zagala mía,
 Al delicioso campo, dó te espera
 El blando resplandor, la luz primera
 Del muy risueño, del reciente día.

¡Si llegases ahora! ¡qué alegría
 Por todo el ancho valle se esparciera!
 Con frescas rosas la alma primavera
 Tus sienes al instante ceñiría.

Cantárate de amor requiebros suaves,
 Con cántico mas dulce que á la aurora
 El coro alegre de las dulces aves....

Qué ¡no llegas, bellísima pastora?
 Acaba de aliviar las penas graves
 Del triste Silvio que tu ausencia llora.

SONETO VII.

Resolucion del amor.

En el funesto potro de una cama,
 Que el impulso del mal labró violento:
 Á las sangrientas manos del tormento,
 Ó la muerte, ó la vida un triste llama:

Los que escuchan las voces con que esclama,
 Á delirio atribuyen su lamento;
 Mas yo que á semejanza suya siento,
 Tengo por bien el mal que ansioso clama.

Pues aunque el fin mortal le atemoriza,
 No logrando descanso, mira cierto
 Que en su dolor la muerte se eterniza:

Así mi corazon del fin incierto,
 Cuando enfermo de amor triste agoniza,
 De una vez quiere ser, ó vivo, ó muerto.

SONETO VIII.

La separacion de Clorila.

Luego que de la noche el negro velo
 Per la espaciosa selva se ha estendido,
 Parece que de luto se han vestido
 Las bellas flores del ameno suelo.

Callan las aves, y con tardo vuelo
 Cada cual se retira al dulce nido:
 ¡Qué silencio en el valle se ha esparcido!
 Todo suscita un triste descousuelo.

Solo del Bulo se oye el ronco acento,
 De la Lechuza el éco quebrantado,
 Y el medroso ladrar del Can hambriento.

Queda el mundo en tristeza sepultado,
 Como mi corazon, en el momento
 Que se aparta Clorila de mi lado.

SONETO IX.

La triste ausencia.

Su manto recogió la noche oscura
Que cobijaba al mundo tristemente,
Y abriéndose las puertas del oriente
Se asoma á su balcón la aurora pura.

De la fresca arboleda en la espesura
Los zéfiros susurran blandamente:
Desata el arroyuelo su corriente,
Y por márgenes verdes se apresura:

Sus fragancias respiran flores suaves,
Y llenando los vientos de armonía
Requiebros trinan las parleras aves:

Todo el mundo se llena de alegría:
Ménos yo, que en mis penas siempre graves,
Ausente estoy de la zagala mía.

SONETO X.

Á la vuelta de Clori.

Ya vuelve la deseada primavera
 En alas de los blandos zefirillos
 Y el coro de los dulces pajarillos
 Con su voz la saluda lisonjera.

Del abundoso río la ribera
 Atrae con el olor de sus tomillos
 Á los simples y mansos corderillos
 Que fatigan del monte la ladera.

Su zampoña el pastor ya temple ufano
 Para cantar amores con terueza
 Á su zagala por el verde llano.

Se alegra la comun naturaleza
 Cuando vuelve la ninfa del verano,
 Como yo cuando vuelve tu belleza.

SONETO XI.

A Clori en el campo.

A dó quiera que vuelve el rostro hermoso,
 El rostro celestial la Clori mia,
 Esparce con sus ojos la alegría:
 Tal es de alegre su mirar gracioso.

Un caos parecíame tenebroso
 El campo, cuando á verme aun no salía;
 Mas despues que asomó su claro día,
 Me parece un oriente lúminoso.

¡Ay! mírame, zagala; y tus ojuelos,
 Con cuyas blandas luces resplandeces,
 No los cubra la ausencia con sus velos:

¡Ay! mírame otra vez, y otras mil veces,
 Que el sol no es tan alegre por los cielos,
 Como tú por los campos me pareces.

SONETO XII.

Las trampas de la cautela.

Con sus pintadas alas rasga el viento
De libertad gozando un pajarillo,
Y cantando desde un verde arbolillo
Participa á los prados su contento:

Pero apenas desata el dulce acento,
Y el agradable son de su piquillo,
Cuando el mas cauteloso pastorcillo
Mil redes le dispone aquel momento.

Á cautiverio duro reducido,
Melancólico, triste, y pesaroso,
En lágrimas su canto ha convertido:

¡Ah pajarillo incanto! riguroso
Es tu estado infeliz, porque has caido
Como yo, en la red del cauteloso.

SONETO XIII.

De agradecimiento.

No necesitas, no, niña preciosa,
 De tu garbo, donaire y gentileza:
 Para ser estimada con presteza,
 Eres á mas de linda, muy graciosa.

Estando en la ciudad mas populosa,
 Cual viajante, que yerra en la maleza,
 Mereció mi cariño tu terneza:
 ¿Puede darse entre dichas mayor cosa?

Mil gracias te repito cada día,
 En la noche, en la tarde, en la mañana,
 Recorriendo tu amor y gallardía:

Y á pesar de la ausencia mas tirana,
 Un altar te levanto en la alma mía,
 Donde adoro tu imagen soberana.

SONETO XIV.

De la hermosura.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entónces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

SONETO XV.

De la juventud.

¿No ves ese clavel ya deshojado,
 Por la crueldad del cierzo enfurecido:
 Tan muerto, que parece enternecido
 Las exequias le canta triste el prado?

Pues ayer se ostentó tan encarnado,
 Tan fragante, tan verde, tan lucido,
 Que entre el vistoso ejército florido,
 Por galan de la selva fué estimado.

Así será tu muerte lastimosa,
 Y no tarde tampoco; aunque reflejo,
 Que presumes de una alma muy fogosa.

¡Pronóstico fatal! mas te aconsejo,
 En premio del retrato de la rosa,
 Que este clavel te pongas por espejo.

SONETO XVI.

Clori á Lisi.

¿Para qué, bella Lisi, el triste caso
 De la parca fatal tu musa entona,
 Si con lúgubres metros me ocasiona
 Recuerdos de mi *mona* en el ocaso?

No llores, Lisi; mas si el llanto acaso
 De justicia se debe á su persona,
 Llorémos ambas mi difunta *mona*,
 Llevándola con versos al parnaso.

Mientras vivió ¡memoria lastimera!
 Nos halagaba, acaso agradecida,
 Si no á nosotras, al durazno ó pera:

Y al hacernos su eterna despedida,
 Nos recordó en su escena postrimera,
 Lo que somos ¡ay Lisi! en esta vida.

SONETO XVII.

Contra el amor comun.

Tienes una alma, Gil, tan afectuosa,
 Que con el ciego dios hace pareja,
 Ni hace gesto á la moza, ni á la vieja,
 Quiere tanto á la fea, como á la hermosa.

¡Dichosa ella mil veces! sí, dichosa,
 Que entre buenas y malas se festeja,
 Conforme con el uso de la abeja,
 Que no hace entre las flores otra cosa.

Pero cuidado, Gil, que si examinas
 Tus vuolos á los suyos inferiores,
 Acaso temerás funestas ruinas:

Que en el campo comun de los amores
 Como tambien hay flores con espinas,
 Puedes llorar picado entre las flores.

SONETO XVIII.

A Fileno.

Cuando por una estrella venturosa
Juntado el cielo santo nos habia,
Viviamos en acorde compañía
En esa para mí ciudad dichosa;

Mas despues que la suerte rigurosa
Á esta corte de México me envia,
Ya parece que pierde su armonia
Nuestra amistad sagrada y deliciosa.

Debieras ser, Fileno, mas amante,
Y con franco papel estar conmigo,
Como yo estoy contigo, aunque distante.

¿Te ofendo, mi Fileno, en lo que digo?
Pues prometo la enmienda en el instante
Que escribas con mas ganas á tu amigo.



I.

ÍNDICE



DE LAS POESIAS CONTENIDAS

EN ESTE TOMO.

<i>Traduccion de una sentencia de Owen</i>	PÁG.
<i>En la remision de estas poesias á Fabio</i>	} ..1.
<i>Prólogo ingenuo</i>	

LAS FLORES DE CLO RILA.

<i>Prólogo</i>	7.
<i>Oda primera</i>	8.
<i>Oda segunda</i>	11.
<i>Oda tercera</i>	13.
<i>Oda cuarta</i>	14.
<i>Oda quinta</i>	17.
<i>Oda sesta</i>	18.

II.

Oda séptima.....	20.
Oda octava.....	21.
Oda nona.....	22.
Oda décima.....	23.
Oda undécima.....	24.
Oda duodécima.....	25.
Oda décimatercia.....	26.
Oda décimacuarta.....	27.
Oda décimaquinta.....	29.
Oda décimasesta.....	30.

LA INOCENCIA.

<i>Dedicatoria.....</i>	33.
Oda primera. <i>Introduccion.....</i>	37.
Oda segunda. <i>La zagaleja.....</i>	39.
Oda tercera. <i>La simplicidad.....</i>	42.
Oda cuarta. <i>La corderita.....</i>	44.
Oda quinta. <i>El premio.....</i>	46.
Oda sexta. <i>La tortolita.....</i>	50.
Oda séptima. <i>El hijo de Venus.....</i>	52.
Oda octava. <i>La fuentecilla.....</i>	56.

III.

Oda nona. <i>La Venus de Chipre</i>	58.
Oda décima. <i>Conclusion</i>	61.

LA MÚSICA DE CELIA.

Oda primera.....	66.
Oda segunda.....	67.
Oda tercera.....	69.
Oda cuarta.....	71.
Oda quinta.....	73.
Oda sexta.....	75.
Oda séptima.....	76.
Oda octava.....	78.
Oda nona.....	80.
Oda décima.....	82.
Oda undécima.....	84.

LA POLLITA DE CLORI.

Oda primera.....	86.
Oda segunda.....	87.
Oda tercera.....	88.

IV.

Oda cuarta.....	89.
Oda quinta.....	90.
Oda sexta.....	91.
Oda séptima.....	92.
Oda octava.....	93.
Oda nona.....	94.
Oda décima.....	96.
Oda undécima.....	97.

TRADUCCION DE UNOS VERSOS

DE ANGELO POLICIANO.

Oda primera.....	100.
Oda segunda.....	102.
Oda tercera.....	103.
Oda cuarta.....	105.
Oda quinta.....	107.

ODAS Á DIVERSOS ASUNTOS.

Oda primera. <i>De Dorofila</i>	109.
Oda segunda. <i>De la misma</i>	111.

V.

Oda tercera. <i>El triunfo del amor</i>	115.
Oda cuarta. <i>Á Fileno</i>	117.
Oda quinta. <i>Á una inconstancia</i>	120.
Oda sexta. <i>Á Iisi cantando</i>	122.
Oda séptima. <i>Á Clorila, con unas frutitas de pasta</i>	123.
Oda octava. <i>Á unos cabellos de Celia</i> ..	125.
Oda nona. <i>En celebridad de unos días</i> .	126.
Oda décima. <i>El día de Clara</i>	128.
Oda duodécima. <i>Á Clori en el lecto</i> ...	130.
Oda décimatercia. <i>El Verano</i>	133.
Oda décimacuarta. <i>El Estío</i>	135.
Oda décimaquinta. <i>El Otoño</i>	136.
Oda décimasesta. <i>El Invierno</i>	139.
Letrilla. <i>Á los canaritos de Lisi</i>	141.
Letrilla. <i>Á Lesbía</i>	143.

TRES JUGUETILLOS Á CLORILA.

Jugueteillo primero.....	144.
Jugueteillo segundo.....	145.

VI.

Jugueteillo tercero.....	147.
<i>Certámen sobre un limon.....</i>	149.
<i>Varios versos boleros.....</i>	152.
<i>Cuartetas. Retrato de Celia.....</i>	164.
<i>Romance. Carta amorosa.....</i>	169.
<i>Romance. A los dias de un amigo....</i>	175.
<i>Despedida.....</i>	177.
<i>Décimas. A Filis en el campo.....</i>	180.
<i>Décimas. En la destruccion de unos papeles amatorios.....</i>	184.
<i>Décimas. A una Señorita que cogió la manía de pedir versos al autor....</i>	188.
<i>Décimas. A mi corazon.....</i>	190.
<i>Décima. A Lisi por el fuego que le salió á la boca.....</i>	192.
<i>Décima. A unos ojos.....</i>	193.
<i>Décima. En una ausencia.....</i>	194.
<i>Décimas. El amor Carmelita.....</i>	195.
<i>Quintillas. Duda amorosa.....</i>	197.
<i>Endechas reales. A un canarito de Ce- lia.....</i>	199.

VII.

DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS

DE GALO.

<i>Primera</i>	202.
<i>Segunda</i>	104.
Epigrama. <i>Del Amor arando. Tradu-</i> <i>cido del idioma griego al latino, y</i> <i>de este al castellano</i>	206.
<i>Paráfrasis del mismo Epigrama</i>	208.
<i>Á Clori con una calandrita</i>	200.
<i>Á Clori con unos pichoncitos</i>	211.
<i>Clori, y Silvio comiendo duraznos</i>	212.
Romance endecasílabo. <i>Á los ojos de</i> <i>Clori</i>	213.
Romance endecasílabo. <i>En la muerte</i> <i>de un Lorito</i>	215.
<i>La mañana</i>	219.
<i>Sueño alegórico. Canto en Octavas</i>	225.
Idilio. <i>La Zagala en el bosque</i>	228.

VIII.

ÉGLOGAS.

Égloga primera. <i>El amante mas fiel de los pastores.....</i>	232.
Égloga segunda. <i>La pastora más fiel de la cabuñá.....</i>	253.
Égloga tercera. <i>Despídese Silvio de Clori.....</i>	267.
Égloga cuarta. <i>Llora Silvio la ausencia de Clori.....</i>	271.
Égloga quinta. <i>Celebra Silvio la vuelta de Clori.....</i>	276.

SONETOS.

Soneto primero. <i>Influjo del amor, imitando el artificio del primer soneto de Don Tomás de Iriarte.....</i>	281.
Soneto segundo. <i>Recuerdos tristes.....</i>	282.
Soneto tercero. <i>A Clorila en tres meses de ausencia.....</i>	283.
Soneto cuarto. <i>El desco.....</i>	284.

IX.

Soneto quinto. <i>El sueño en el día de Clori</i>	285.
Soneto sexto. <i>El ruego amoroso</i>	286.
Soneto séptimo. <i>Resolucion del amor</i> ...	287.
Soneto octavo. <i>La separacion de Clorila</i>	288.
Soneto nono. <i>La triste ausencia</i>	289.
Soneto décimo. <i>Á la vuelta de Clori</i> ...	290.
Soneto undécimo. <i>Á Clori en el campo</i>	291.
Soneto duodécimo. <i>Las trampas de la cautela</i>	292.
Soneto décimotercio. <i>De agradecimiento</i> .	293.
Soneto décimocuarto. <i>De la hermosura</i> .	294.
Soneto décimoquinto. <i>De la juventud</i> .	294.
Soneto décimosesto. <i>Clori á Lisi</i>	296.
Soneto décimoséptimo. <i>Contra el amor comun</i>	297.
Soneto décimooctavo. <i>Á Fileno</i>	298.



ERRATAS

DE ESTE TOMO.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
33.....	15.....	daban á	se daban en
203.....	8.....	ungido...	urgido.

NOTA.

En la *pág.* 130. debiéndose poner *Oda 114* se puso *Oda 124* por lo cual, esta y las cuatro que siguen, leanse con un número ménos del que representan.

